

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 51.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Agosto 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*El tolstoísmo y el anarquismo*, por un grupo de estudiantes franceses.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.

CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Dr. Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.

SECCION LIBRE: *El gato de la barricada*, por Luisa Michel.

TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.—*Amor*, por Aladdin.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL PRIMER CAPÍTULO)

No podemos hallar una España intelectual antes del cristianismo, porque antes del cristianismo no existía España.

Sucedió entonces en religión, en filosofía y en arte lo que ahora es fácil suceda en arte, en ciencia y en sociología. Podrá ser destruido el poderío material de la Europa del centro, particularmente de Francia; pero no se destruirá su poderío moral, y el que llevara á término tal empresa, quedaría sujeto á la revolución que representa el espíritu francés, no la nación francesa.

Por la fuerza dominaron los romanos aquel pueblo cultísimo, monumento de arte y de filosofía, que se llamó Atenas, mas Atenas dominó á Roma por la fuerza de Platón y de Aristóteles. Los bárbaros del Norte saquearon la ciudad que Rómulo fundara, derrumbaron sus templos, destruyeron el mármol, gloria del arte romano; pero los bárbaros del Norte, con todo su poder, rindieron homenaje al espíritu que Roma encarnaba y cayeron rendidos á las plantas del cristianismo.

Y repárese en este hecho significativo. Para que España existiera como nación, fué menester que tribus venidas de otros países la emanciparan del poder romano y que á su costa de estas tribus se ciñera corona. Para que los españoles conocieran el cristianismo fué necesario que esta misma raza, que había vencido á Roma, fuese vencida por el ideal romano y que lo llevaran á otros países envuelto en sus afanes de dominio y de rapiña. ¡Quién sabe si de otro modo seríamos aún paganos y esclavos!

No queremos discutir aquí si los españoles obtuvieron ó no ganancia moral é intelectual al dejar de ser colonos romanos y de adorar á los dioses del Olimpo. Consignamos el hecho únicamente, porque otra cosa no permite la índole de este trabajo.

* *

Los antiguos pensadores de Grecia y Roma hacían de los habitantes de nuestro

país el mismo caso que los pensadores de hoy hacen de los pueblos escasos de luces y de fuerzas, sometidos á otros pueblos ó á un ideal embrutecedor y tirano; y hasta que, aprovechándose de la tolerancia religiosa que los reyes godos establecieron en este país, vinieron á la Península los primeros propagandistas cristianos, los españoles no supieron que había hombres capaces de morir por sus creencias filosóficas.

Para nosotros toda religión positiva es una idea filosófica.

Hay dos clases de religiones: las naturales y las positivas; las primeras son un sentimiento que se convierte en adoración hacia las cosas ó las personas; la segunda es un cálculo que se convierte en comercio. Las religiones positivas de hoy tuvieron al principio todos los caracteres de las naturales, y á medida que el hombre se separaba de la sencillez para entrar en el fausto y la hipocresía, adornaba á su religión con nuevos y mundanos encantos.

Así convirtieron en positivas á las religiones naturales los que de la religión vivían.

Las religiones modernas son más positivas que las antiguas, porque necesitan mayor número de sacerdotes que las sostengan, y cuando de la religión se hace un medio de vida, se la hiere de muerte.

El último período de la religión pagana era un comercio más que un sentimiento y hasta más que una filosofía ó tanto como una filosofía. El cristianismo quiso volver al sentimiento primitivo y arrojó del templo á los mercaderes; pero hoy el cristianismo práctico es más comercial que el paganismo merecedor de las censuras del Maestro.

Cualquier espíritu que tenga necesidad de una religión ó que crea tenerla, si oye alabanzas á los dioses de labios de Platón, se sentirá pagano. Sin embargo, el paganismo en tiempos del autor de la *República*, como el cristianismo de los escolásticos, era ya una filosofía, es decir, una perversión del sentimiento religioso, porque este sentimiento se convierte en retórica, en metafísica ó en sofisma cuando hay quien vive de la piedad ó de la credulidad ajena, y se piensa negociar con las creencias de los demás, cuando la multitud, en exceso bondadosa siempre, ofrece regalos y ofrendas, halaga y ensalza en demasía á los propagandistas de un ideal cualquiera. Por eso cuidan poco de la salud del pueblo, aquellos que permiten que el pueblo se fanatice en ellos. El que cultiva su popularidad es un tirano, y el hombre tendrá tiranos mientras no sepa emanciparse del atavismo idólatra que le persigue desde el día que, teniendo facultades para sentir la grandeza de un fenómeno natural, no tuvo suficiente conocimiento para explicárselo racionalmente.

*
* *

El paganismo careció de sacerdotes españoles, como el cristianismo no tiene sacerdotes naturales del país en muchos del Oriente y en no pocas colonias dependientes de Estados europeos. Van á propagar una religión en medio de otra ó van á representar el poder material que los sujeta á otro pueblo, como hacen los frailes españoles en Fernando Póo é hicieron en Filipinas.

Cuando en tales países se presenta una fuerte invasión moral, filosófica ó religiosa, casi siempre obtiene la victoria, y la vieja idea, exótica allí, muere sin dejar huella de su existencia.

Esto pasó en España á la invasión de los godos y del cristianismo. Como en nuestro país no había sacerdotes paganos naturales de España, esto es, quien viviera de la

religión pagana, el paganismo no dejó raíces, no dejó un ideal filosófico ni religioso. De ahí que no haya filosofía española antes del cristianismo. En Filipinas el catolicismo resistirá algo al protestantismo, porque, pocos ó muchos, hay allí sacerdotes del catolicismo, hijos del país, que defenderán tenazmente la religión que les da vida.

Para que España tuviera religión y filosofía propias, fué necesario que esta religión y esta filosofía, en aquel entonces una misma cosa, porque más que una filosofía era una teología, mantuviera á los hijos ilustres de España. Apareció aquí el cristianismo, lo abrazaron los mejores, y estos mejores, que al principio fueron cristianos por sentimiento, por bondad, sin mácula alguna, se pervirtieron al compás de los obsequios que de sus adeptos recibían y pensaron vivir del ideal. Así se formó la retórica, la metafísica y la filosofía españolas.

No es esto inferir un agravio á los apóstoles del cristianismo: es reconocer nuestra humanidad; mejor dicho, es reconocer la naturaleza del hombre.

Las necesidades de la vida y hasta las debilidades que nos lega un pasado de ostentación y de categorías sociales, pervertirán al ideal mientras no sustentemos un ideal, mejor aún, mientras no practiquemos un ideal que nos permita la satisfacción de aquellas necesidades y haga imposible la formación de categorías sociales entre los hombres.

Los apóstoles de todas las religiones y de todas las doctrinas políticas y sociales han hecho lo mismo después, en mayor grado aquellas ideas y aquellos propagandistas más inclinados al sacerdocio, al santón, al directorio, al amo. Y en esto tanta culpa tiene el pueblo que por su ignorancia y debilidad cerebral echa sobre sus hombros el peso de un tirano, como el hombre que, por considerarse superior á los demás en pensamiento ó en palabra, regularmente en palabra, se deja levantar sobre el nivel de sus hermanos. Hay madera de tirano en todo individuo, pobre ó rico, radical ó conservador, que va en busca del aplauso.

Los pueblos que necesitan amos, abrazan un ideal á propósito para formarlos y hacen un dictador hasta de quien jamás pensó serlo.

*
* *

Las religiones positivas fueron una evolución de las naturales. Al principio los hombres adoraban á su Dios, sin intervención de sacerdotes. Después los más astutos é inteligentes concibieron un ideal religioso, un catecismo, y vivieron de lo que sacaban con intervenir entre los hombres y los dioses.

Próxima su muerte, las religiones se distinguieron por su positivismo, por el carácter mercantil que los sacerdotes ó los apóstoles dieron á sus actos. Y así como las religiones positivas fueron una evolución de las naturales, la leyenda de Jesucristo es la de Budha, la de Confucio y la de Zoroastro. En cada uno de esos elegidos se repiten los principales hechos de sus antecesores, hecho que demuestra que las religiones positivas son plagios unas de otras, más puras, más sencillas las nuevas que las viejas, todas de un fondo moral admirable en el hombre que las encarna y en sus inmediatos sucesores; pero todas convertidas en especulación comercial cuando se alejan de sus fundadores.

Cualquiera que haya leído las antiguas religiones, habrá visto el parecido que tienen con las modernas, y no sólo habrá visto este parecido, sino el génesis de una en la muerte de otra.

Para que los lectores den fe de nuestro aserto, si no les basta la honrada palabra del autor, les aconsejamos la lectura de *Estudios de filosofía india*, publicados en la *Revista Filosófica*, editada por Ribot (París, 1876-83); *Filosofía moral y política de la China*, por M. G. Paustuer (París, 1874). Además, en el capítulo siguiente y antes de estudiar la filosofía griega, haremos una pequeña reseña de la religión y filosofía orientales.

Las obras citadas demuestran de una manera absoluta que el origen del cristianismo no es divino, á menos de dárselo igual á las doctrinas que le precedieron, y demuestran, por consiguiente, que las religiones reveladas son *filosofías* de los profetas.

Nosotros consignaremos que poco antes de iniciarse la actual era religiosa, por efecto de las persecuciones que los filósofos sufrieron en Roma y por el engrandecimiento científico y filosófico que Alejandría recibió de la influencia que Aristóteles ejerciera sobre el fundador de aquella ciudad, en Alejandría se hallaron reunidos todos los sabios de la época, así persas como judíos, griegos como romanos. Allí los pensadores judíos quedaron admirados de la semejanza que las obras de Moisés tenían con las de Platón, ignoradas para ellos hasta entonces.

El hecho, casual ó no, denota un movimiento filosófico puramente humano hacia un nuevo ideal religioso.

Además, en la historia de la filosofía, ¿dónde vemos el trastorno moral é intelectual que había de producir una doctrina que no estuviese preparada por la evolución intelectual de varios siglos?

Sócrates es condenado á muerte por propagar la unidad divina; Zenón, trescientos años antes de Jesucristo, presenta cuatro virtudes cardinales que, tomadas al pie de la letra, son las que constan en la doctrina que hoy se nos sirve con el nombre de cristiana; Cicerón expone, por vez primera en la filosofía occidental, la idea de la caridad; el concepto de la moral que Filón explicó en Alejandría al nacer el cristianismo es idéntico al de la moral cristiana. El cristianismo, que fué perseguido en sus primeros tiempos, se impuso por la fuerza cuando hubo ganado el brazo de los Césares. El primer creyente en el Dios único se manifestó quinientos años antes de Jesús; el último que adoró á los dioses del Olimpo vivía quinientos años después de empezada la era actual. Desde Sócrates á San Agustín hay una continuidad filosófica que no cesa un momento. Las ideas fundamentales de la filosofía aristotélica han sido la base de nuestra teología.

No hay, no puede haber, pues, una revelación divina; hay, sí, una evolución filosófica.

FEDERICO URALES.

EL TOLSTOISMO Y EL ANARQUISMO ⁽¹⁾

Presentamos al Congreso revolucionario una Memoria sobre el tolstoísmo porque Tolstoï goza entre ciertos revolucionarios de una muy grande reputación: muchos compañeros encuentran en su propaganda una gran analogía con la nuestra. Procuraremos examinar hasta qué punto es justificada esta opinión.

(1) Memoria presentada al CONGRESO OBRERO REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL por el grupo de *Estudiantes socialistas revolucionarios internacionalistas de París*.

Por una parte, apreciaremos la influencia que *las teorías* de Tolstoï ejerzan en el pensamiento socialista y revolucionario, y determinaremos si su acción puede ser benéfica ó si, por el contrario, conduce necesariamente á ciertas desviaciones. Por otro lado, veremos también si estas teorías son aplicables en *la práctica* y qué consecuencias resultarían de su aplicación.

En Francia se suele representar á Tolstoï casi como un pensador anarquista. En Inglaterra se constituyen colonias en que los *anarquistas cristianos* tratan de regular su vida según los principios del tolstoísmo. Lo mismo ocurre en Holanda, donde este movimiento reviste carácter religioso y logra un gran número de adeptos entre los pastores protestantes jóvenes. En Francia no hay tal movimiento de sectas religiosas y se descuida generalmente este aspecto del tolstoísmo: sólo se da importancia á su aspecto crítico, á su negación del estado de cosas existente. Pero raramente se pregunta aquí qué papel ha representado el tolstoísmo en Rusia, su país de origen. Este papel dista mucho de corresponder á la idea que se forman de Tolstoï los que le tienen por revolucionario. Por de pronto, el momento en que formuló por primera vez sus teorías, coincidió con aquél en que comenzaba á notarse en las filas de la juventud avanzada cierto descorazonamiento. El movimiento revolucionario, tan intenso en los años precedentes, que condujo á la muerte violenta de Alejandro II (en 13 de Marzo de 1881), había hecho germinar en todos la esperanza de un próximo estallido revolucionario, y como esta extensión del movimiento revolucionario no llegó á provocar una verdadera revolución, debía resultar de ahí necesariamente un cierto abatimiento. El movimiento terrorista había gastado tantas fuerzas en tan poco tiempo, que era necesario un nuevo período preparatorio para que pudiese renacer el movimiento revolucionario en todo su antiguo esplendor. Y en este momento en que la inclinación al desaliento era de por sí demasiado grande y en que se empezaba á dudar de los antiguos programas revolucionarios, apareció la propaganda de Tolstoï. Esta propaganda estaba en contradicción completa con todas las creencias que dominaban hasta entonces en el espíritu de la juventud rusa. Reemplazaba Tolstoï los fines sociales y políticos por el perfeccionamiento individual; la lucha implacable que no retrocedía ante los medios terroristas se convertía en la no resistencia al mal por la violencia. Desesperada del camino seguido hasta entonces, la juventud rusa se lanzó en dirección opuesta. Los jóvenes de la nueva generación (pues los antiguos militantes habían perecido casi todos en la lucha) abandonaban en masa las ciudades y se dirigían al campo á organizar colonias y á ocuparse en su perfeccionamiento moral. Felizmente no pudo predominar mucho tiempo esta tendencia; al cabo de algunos años, los instintos sociales han triunfado en la juventud rusa. No por esto ha dejado de arrastrar esta corriente, en una época de desaliento momentáneo, un gran número de jóvenes que en otro caso se habrían consagrado á una acción socialista y revolucionaria. Por otra parte, el mismo Tolstoï se da cuenta mucho más que ciertos revolucionarios de la diferencia que le separa de ellos, aun en la manera de plantear la cuestión. Para él, no sólo toda acción revolucionaria es mala por ser violenta, sino que hay error en toda acción que tiene por objeto un cambio social práctico. En sus «*Cartas á los liberales*» (1), dice: «Para alcanzar los fines que se proponen liberales y revolucionarios, el único medio eficaz es vivir conforme á su conciencia. Esto no significa que podamos empezar á vivir según nuestra conciencia atendiendo á estos

(1) *Revue Blanche*, 1899.

fines. Es imposible empezar á vivir así atendiendo á cualquier fin exterior. Sólo se puede vivir conforme á su conciencia en virtud de convicciones religiosas claras y sólidas. Y si estas convicciones son establecidas, sus consecuencias en la vida práctica vendrán por sí solas». Así el fin social es secundario y el perfeccionamiento individual se coloca en primer término, perfeccionamiento que ni siquiera se justifica por el fin que se persiga, y se reduce así á una satisfacción en que entra una buena parte de egoísmo.

A pesar de esto, goza Tolstoï de un gran prestigio entre los partidos extremos. Lo debe sobre todo á su crítica de la sociedad actual, de la Iglesia existente, del Estado, del militarismo; en una palabra, de todos los órganos y de todas las funciones del régimen actual. Hay que añadir su crítica de las clases dominantes y de su parasitismo, y sus simpatías por los trabajadores en general y los del campo en particular. Sus artículos sobre el hambre en Rusia, como sus artículos críticos, los podría firmar cualquier revolucionario y hacen olvidar á menudo, gracias sobre todo al talento del autor, todas las divergencias teóricas que puedan separarnos de él.

Pero no podemos contentarnos con esto. Hemos de examinar si verdaderamente posee un ideal social y cuál sea este ideal. ¿Coincide con el nuestro? ¿En qué dirección impulsa la individualidad que pretende educar? Sólo después de responder á estas preguntas, podremos deducir si podemos *adherirnos* á las teorías de Tolstoï, si podemos considerarle como *uno de los nuestros* ó si, sin dejar de reconocer la profundidad de su crítica y de su gran talento, hemos de limitarnos á este reconocimiento y buscar la solución de los problemas en otras concepciones sociales. El origen y la razón de ser de todo su sistema es el problema de la vida, el que Tolstoï con tanta ansia ha buscado solución; esta solución forma la base de su moral individual y social. En el curso del inquieto estudio que hizo de los pesimistas y del examen riguroso á que sometía todos sus actos, no tardó en convencerse con terror de que la vida era esencialmente contradictoria. He aquí en qué consiste la contradicción:

Para todo hombre, vivir es sinónimo de buscar la felicidad, y el hombre sólo tiene en cuenta su propia vida y su propia felicidad individual.

Pero todos los días advierte que esta felicidad está intensamente unida á la vida y á la felicidad de todo lo que le rodea.

Así, el hombre atiende sólo á la vida individual; sólo ella existe para él; pero su conciencia reflexiva le enseña todos los días que los sufrimientos le amenazan y que morirá.

¿Qué felicidad puede proporcionar una existencia que es una muerte lenta?

Tal es la dificultad fundamental que Tolstoï se propuso resolver. Buscó en todas las ciencias la definición de la vida y no la encontró. «La ciencia y la filosofía tratan de todo lo que se quiera, salvo de lo que el hombre ha de hacer para ser mejor y vivir mejor» (1).

Abandonando la ciencia y la filosofía, pide la solución á la vida misma; indaga lo que hacen y han hecho los hombres de su mundo. Halla «cuatro salidas á esta pavorosa situación en que todos nos encontramos» (2).

Primero, la de la ignorancia: consiste en no saber que la vida es un mal; luego, la de los epicúreos: nos aprovechamos de los bienes que se nos ofrecen. La tercera sali-

(1) *En qué consiste mi fe* (Pensamiento 113).

(2) *Mi confesión*, pág. 116 y siguientes.

da «es la de la fuerza y de la energía», es el suicidio. «La cuarta es la debilidad, y consiste en seguir arrastrando su vida comprendiendo el mal y la falta de sentido.»

En este último estado se encontraba el alma de Tolstoï cuando advirtió que las gentes no existían por sí solas, que millares de seres han pedido á la *fe* el sentido de la vida. Se vuelve á ella, pero ésta le pide el sacrificio de la razón. No puede acceder, porque la razón es la única base que une todos los seres vivos. Busca una creencia razonable, estudia las *religiones*, se mezcla con los teólogos, y de su comercio saca sólo un «doloroso sentimiento de terror»: los creyentes se conducen peor que los incrédulos.

Tolstoï comienza entonces á «acercarse á los creyentes del pueblo, hombres sencillos é ignorantes, pobres peregrinos, monjes sectarios, labradores» (1). Los sencillos le iluminan; le dan la solución, le enseñan que la contradicción de la vida se resuelve por el *amor*. Todo se aclaró para él.

Así se crea una religión en que la idea de Dios se confunde con la de la vida misma: la religión del amor. Para él es la *doctrina de Cristo restablecida en toda su pureza*. El examen detallado de cómo esta doctrina es interpretada por Tolstoï rebasa los límites de nuestro tema; así es que sólo daremos aquí los cinco mandamientos que para él la resumen: «El primero prohíbe la cólera y el desprecio: vive en paz con los otros, no consideres como legítima la cólera contra nadie».—El segundo, aconseja la castidad, condena el adulterio y el divorcio.—El tercero, condena el juramento.—El cuarto, proscribela violencia. Si te pegan, sufre; si te hacen trabajar, trabaja.—El quinto prohíbe la guerra; amarás á tus enemigos y á nadie tendrás por extranjero.

Los preceptos más importantes son, á nuestro entender, el primero (la ley del amor) y el cuarto (la no resistencia). Desde el punto de vista de Tolstoï, son los más importantes, pues en ellos se resume para él la doctrina de Cristo purificada. Están estrechamente unidos entre sí y sólo cuando se ha penetrado el sentido de la *no resistencia* se comprende enteramente el de la ley del amor. «El eje de toda la idea está en las palabras: «no resistas al malo» (2). En ningún punto insiste tanto Tolstoï como en éste: sabe que para nosotros es el más difícil de admitir. Repite y presenta en todas sus formas esta idea que, según él, es esencial. La violencia es mala en principio, porque es contraria al amor: no se puede amar al prójimo y hacerle daño. La violencia es mala en la práctica, porque el mal apetece el mal y no se puede acabar el mal con el mal. Así, nada teme tanto como los conservadores cristianos patriotas que profesan la infalibilidad de la Iglesia y los *revolucionarios-ateos*. Ni unos ni otros quieren renunciar al derecho de resistir con la violencia á lo que tienen por «el mal» (3). Todas las resoluciones son tentativas para romper esta masa (los hombres unidos por el error) por medio de la violencia. Los hombres se figuran que golpeando esta masa se romperá y la atacan; pero al esforzarse por quebrarla, la forjan (4).

La violencia, por otra parte, es contraria á la naturaleza humana; sólo predomina «gracias á la máquina gubernamental y social, cuya tarea consiste en desmenuzar la

(1) *Mi confesión*, pág. 167 y siguientes.

(2) *Mi religión*, págs. 12-15.

(3) *Mi religión*, pág. 43.

(4) *Mi religión*, pág. 264

responsabilidad de los crímenes que se cometen de modo que nadie sienta hasta qué punto son estos actos contrarios á la naturaleza. Unos redactan las leyes, otros las aplican, éstos endurecen los hombres en la disciplina, es decir, en la obediencia irreflexiva y pasiva, y los hombres así endurecidos se hacen instrumentos de toda clase de coerción y matan á sus semejantes sin saber con qué fin ni con qué motivo» (1).

Esta moral del amor por difícil que parezca es, dice Tolstoï, perfectamente aplicable. Jesús y sus discípulos la practicaron, y es mucho más fácil seguirla que alcanzar la pretendida felicidad mundana que se opone á la existencia cristiana. «Los mártires del mundo son más numerosos que los mártires de la religión. Ni la muerte, ni los sufrimientos pueden alcanzar mi vida, habiendo renunciado á la vida individual y colocado mi felicidad en la vida universal. Moriré como los demás, como los que no observan la doctrina de Jesús. Pero mi vida y mi muerte tendrán un sentido para mí y para todos» (2).

El fin del hombre en la vida es la salud de su alma; para ello ha de vivir en Dios, y, para vivir en Dios, ha de renunciar á todos los goces de la vida: trabajar, humillarse, sufrir y ser caritativos (3).

Entre las reglas que hemos de seguir hay una importante desde este punto de vista, *la ley del trabajo*: se ha de trabajar y abstenerse de explotar el trabajo ajeno. Este último hábito sale al encuentro de la utilidad: satisface las pasiones y nos hacemos sus esclavos hasta el punto de no poder satisfacerlas; al encuentro de la justicia: «es malo beneficiarse para el propio solaz del trabajo de individuos, que por el hecho mismo de su condición no pueden darse la centésima parte de los goces que contribuyen á proporcionar al que les emplea». Desde el punto de vista cristiano, «el hombre que realmente ama á su prójimo, lejos de servirse del trabajo ajeno para su placer, dará antes bien su parte de actividad para contribuir al bienestar de los otros». El hombre ha de trabajar según sus fuerzas físicas, intelectuales y morales. Pero el que alega ser el cerebro para vivir del trabajo ajeno, no hace una división del trabajo, sino una usurpación del trabajo ajeno. El trabajo intelectual no dispensa del trabajo físico. El *trabajo manual* es la condición indispensable de la felicidad humana. Cada cual debe, si puede, asegurarse la vida.

Si el hombre puede practicar libremente la abstinencia y el trabajo, no sucede lo mismo con el amor. Se estrella al querer hacerlo contra un obstáculo exterior: la organización social que consagra la desigualdad y la violencia en medio de la propiedad y de la autoridad, del dinero y del Estado.

¿Qué se ha de hacer para deshacerse de estos obstáculos? La pregunta «¿qué hacer?» la resuelve, según Tolstoï, el hombre que dice: «*para mí* no necesito el Estado; sé que no tengo necesidad de las presentes instituciones gubernamentales, por lo cual no puedo privar á los hombres de mi trabajo para darlo en forma de impuesto para las instituciones; sé que *yo* no tengo necesidad de Administración, ni de tribunales fundados en la violencia; sé que *yo* no necesito atacar á los hombres de las demás naciones, ni matarles; por lo cual no necesito tomar parte en la guerra ni prepararme para ella». «El mejoramiento de las condiciones de la vida, el acuerdo en-

(1) *Mi religión*, pág. 81.

(2) *Mi religión*, pág. 161.

(3) *Mi confesión*, pág. 104.

tre la realidad y la conciencia, se hará por los esfuerzos personales de individuos aislados y no por una reorganización violenta de la sociedad.»

Cuando se emprende el examen crítico de las teorías de Tolstoï, lo que primero aparece es su hostilidad manifiesta hacia los datos de la ciencia y las soluciones científicas de los diferentes problemas. Ciertamente es que pretende haber buscado «en todas las ciencias» la contestación á sus preguntas; pero en realidad hay muchos indicios para creer que un gran número de hechos científicamente establecidos y de generalizaciones científicas le son desconocidos. En el mismo escepticismo lo envuelve todo, hasta los descubrimientos de la bacteriología; y en lo concerniente á la vida social en particular, fácilmente se ve que lo ignora todo: las relaciones sociales de su época, la situación de las diferentes clases, las diferentes teorías sociales y los diferentes movimientos. El progreso, dice, es una superstición, y para probarlo le basta que exista todavía la pena de muerte.

En el punto de partida de su sistema, encontramos una idea que le había de llevar á consecuencias erróneas. Como objetivo de sus investigaciones, se propone Tolstoï resolver problemas que en realidad no tienen ninguna solución. Continuamente se pregunta: «¿para qué? ¿y después?»; quiere fundar la vida en un principio superior á la misma, separar artificialmente el *sentido de la vida*, de la vida inferior.

Nota con razón que la ciencia le muestra el *cómo* de la existencia, sin mostrarle el *por qué*. La filosofía le enseña que nuestras nociones se aplican á lo finito, no á lo infinito; á lo relativo, no á lo absoluto. La ciencia y la filosofía le remiten en último análisis á la vida misma.

Pero Tolstoï no puede dar á su existencia un punto de apoyo en lo absoluto, y de ahí deduce ilegítimamente que no tiene ninguno. «Entonces le será posible negarse por el suicidio», dice. Sí; pero también le será posible afirmarse. Si no podemos sacar de lo absoluto nada que funde la existencia de lo relativo, tampoco podemos sacar nada que funde la necesidad de su no existencia.

Esta investigación, esta duda, han atormentado á Tolstoï durante largo tiempo sin conducirlo á una solución. Citemos lo que dice á este respecto un crítico revolucionario de Tolstoï, Pedro Lavroff: «Este proceso psíquico es muy penoso, lo cual no basta para darle un carácter lógico. Al contrario. La tendencia á hacer la pregunta: ¿para qué? denota en estos casos una repugnancia á la solución lógica de sus problemas. Lógicamente, el problema del fin (ó de la causa final) sólo puede plantearse por los diferentes miembros de una serie de actos del ser que razona y de resultados producidos por estos actos, de manera que el resultado y la causa pertenezcan á una misma serie. En una serie de teoremas que conducen á una conclusión *determinada*, puede preguntarse *para qué sirve* tomar en consideración tal ó cual de estos teoremas. Un hombre que se propone un objetivo *determinado* puede preguntar para qué sirve tal ó cual acto hecho en vista de este objetivo. Un hombre que posee una convicción práctica *determinada* puede hacerse la misma pregunta con respecto á cada acto *relacionado* con esta convicción, cualquiera que sea el contenido de esta última: la idea de una vida de ultratumba, el deseo de una paz universal, la destrucción del orden capitalista ó el deseo de una venganza personal. Pero es ilógico preguntar: «¿para qué vivimos?» mientras no se haya elaborado ninguna convicción; preguntar: «¿por qué deseamos algo?», puesto que los deseos están fuera del dominio sometido á nuestro razonamiento. El que quiera razonar lógicamente no puede repetir con Tolstoï: «estos problemas son problemas legítimos» y decir que «la ciencia es culpa».

ble», porque pretendiendo responder á ellas no responde. Mientras no se ha elaborado una creencia, la pregunta «¿para qué vivimos?» no sólo es ilegítima, sino absurda. Y cuando se ha adquirido una convicción, la ciencia pretende resolver esta cuestión, y la resuelve realmente, ya que permite examinar los medios capaces de conducir al fin indicado por esta convicción. Cada cual puede contestar entonces la pregunta: ¿para qué vive? Esta contestación puede ser muy ruin: para enriquecerse; puede ser muy mística: para la gloria del cielo; puede ser, en fin, la que me permito considerar como moralmente racional: para contribuir al desarrollo de la conciencia y de la solidaridad en el género humano. Pero cualquiera que sea la contestación, la pregunta ulterior: «¿y después?» queda excluida. El hombre que piensa lógicamente se propone un punto final determinado hacia el cual se inclina... En todo caso, no mira más allá de este fin» (1).

Tolstoï no admite esta limitación. Se inclina por completo á salir del dominio de lo que considera como vida inferior, rehusa por completo tomarla como base de la vida superior, porque cree contradictorias estas dos existencias.

Nos parece esto más extraño, porque él mismo ha demostrado que esta vida animal no puede encontrar su satisfacción en sí misma y que las desgracias más sensibles de los hombres nacen de no poseer el sentido de la vida.

(Continuará.)

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XIV

La iniciativa individual.

Teoría y práctica.—Los que extreman la anarquía.—Iniciativa y agrupación.—Juego descubierto.—A nueva teoría, táctica nueva.—Napoleón I y España.—Fuerza de la iniciativa.—Méjico y Napoleón III.—Toma de la Bastilla.—Ausencia de jefes.—Marcha de las mujeres hacia Versalles y Maillard.—El 10 de Agosto de 1792.—Espontaneidad de los hechos revolucionarios.—El sitio y la Commune en 1871.—Derrotados por falta de iniciativa.—Maleficencia de creer en los jefes. Perspicacia y falta de iniciativa en la multitud.—Iniciativa y coordinación.—Internacionalismo.—Identidad de sufrimientos en todos los pueblos.—La miseria es el fruto que produce la riqueza.—Torpeza de los gobiernos burgueses.—La revolución se hace ahora.—Ejemplo.

Trabajar por sí mismo, no entregarse á ningún individuo ni grupo; obrar como se piensa, como se siente, sin ocuparse de los reproches ni los anatemas, es lo que teóricamente se admite en las ideas anarquistas.

Teóricamente, sí; porque en la práctica falta mucho para que lleguemos á libertarnos en absoluto de los viejos absurdos y antiguos errores de nuestra educación, y de las preocupaciones actuales.

Se invoca la libertad individual, se proclama la libre iniciativa del individuo; pero cuando es necesario hacer algo, nadie se mueve. Si se reúnen en grupos se acostumbra á oír perorar á dos ó tres individuos, siempre los mismos, y en ellos se confía y

(1) P. Lavroff, los *Viejos problemas*.

de ellos se espera todo. Los más activos, los que trabajan, adquieren también sus vicios, y con frecuencia se muestran intolerantes contra los que no piensan como ellos.

Se discute sin embargo, y por más que en apariencia parece que no se adelante, en el fondo la cosa marcha.

Nuevas aspiraciones han nacido en el cerebro humano; los hombres providenciales han perdido sus prestigios; una pequeña luz empieza á iluminar el fondo del entendimiento humano y la silueta de la personalidad individual aparece ya en el camino de la libertad marchando hacia su emancipación.

Esta idea, como otra cualquiera, ha tenido sus extremos: ¡Iniciativa! ¡Autonomía! han gritado algunos. «Esto quiere decir que debemos ir solos adonde nos dé la gana, sin ocuparnos de nadie: Grupos y sociedades; eso son antiguallas y sobran entre nosotros.» «No hay más que mi Yo: hago lo que quiero y que revienten los demás.»

Habremos de demostrar que la iniciativa y la autonomía se concilian perfectamente en las agrupaciones. Aquí no contestaremos más que á los que, reconociendo el principio de iniciativa y autonomía individual, dicen sin embargo, que no son cosas aplicables, sino en una sociedad transformada; que por ahora, para luchar eficazmente con la sociedad actual, debemos subordinarnos al principio de la disciplina, único que nos puede permitir trabajar con fruto contra la burguesía, cuyas fuerzas están organizadas.

Considerando la revolución como una lucha entre ejércitos, «sería agradable ver, nos dicen, teniendo que combatir con fuerzas organizadas, la cuenta que de nosotros darían al lanzar contra ellas una multitud sin cohesión y obrando sin coordinación, sin plan combinado, cada cual por su lado, á la ventura».

«Se necesita una voluntad central para unir los esfuerzos, saber aprovechar los puntos frágiles del enemigo y lanzar hacia ellos las fuerzas revolucionarias que, diseminadas, serían impotentes.»

*
* *

Influenciados por lo que tienen ante los ojos, olvidan, los que así razonan, lo que debe ser una revolución económica; no pueden concebir que á una teoría nueva corresponda una táctica nueva también.

En presencia de los ejércitos formidables que ponen en pie los gobiernos actuales, se preguntan cómo sería posible resistir su fuerza sin oponer otra fuerza igual, ó más imponente si fuera preciso.

Si para combatir el poder los revolucionarios se entretuvieran en copiar ó imitar las luchas pasadas, jugando á soldados y dando batallas militarmente ordenadas, tendrían también necesidad de otra táctica y de crear clases, toda una interminable escala jerárquica.

La *Commune* del 71 nos da el ejemplo de que tal procedimiento es absurdo. En ese sentido cualquiera que sean las fuerzas de que dispongamos, estaremos siempre en evidente inferioridad con nuestros enemigos.

No hay que olvidar tampoco que la revolución no es posible hasta que las ideas habiendo más ó menos contaminado á todo el mundo, el ambiente que se respire, esté impregnado de ellas. En estos períodos, el ejército mismo está inoculado y no presenta ese estado de espíritu brutal que lo convierte en instrumento pasivo en manos de quienes lo conducen.

Para concluir de desorganizarlo, es menos preciso usar la estrategia que realizar

actos que descompongan é ilustren á los individuos sobre nuevas situaciones y cosas nuevas.

Cada vez que los pueblos han querido firmemente resistir contra los invasores, si han intentado concentrar sus fuerzas formando grandes ejércitos es que, cegados por el error del militarismo, no creían más que en el éxito ruidoso de las grandes batallas; y si alguna vez en la historia ha sido posible á los pueblos invadidos el organizar militarmente sus fuerzas, no fué jamás, y esto ha de tenerse muy en cuenta, sino después de haber vencido al enemigo en las luchas pequeñas de detalle, encarnizadas y continuas.

Militarmente, España fué vencida por Napoleón. Sus ejércitos destruidos, su gobierno dispersado, su territorio invadido, por todas partes el enemigo era el dueño; pero como los españoles no habían renunciado á la lucha, cada casa se convirtió en una fortaleza, cada vuelta de camino y cada breña en una emboscada; cada agricultor se volvió un bravo soldado, y con paciencia de luchador convencido, esperaba al enemigo, hacía su trabajo y desaparecía, invisible por la complicidad y protección de todos, volvía impunemente á la lucha cuando la ocasión se le presentaba oportuna. El soldado retrasado sabía que en cualquier aspereza del terreno, detrás de cualquier árbol, un tiro, una puñalada, acabaría con su vida sin tener tiempo siquiera para ver la cara á tan formidable adversario.

Cuando el ejército «invencible» entraba en un pueblo sabía que en él no hallarían nada, ni víveres, ni agua; sólo la soledad de la muerte acompañaba al vencedor; y luego, algunas horas después, para los terribles perseguidores había todo cuanto necesitaban: pan, vino, armas.

Y todo esto sin necesidad de órdenes ni poder central. Había, sí, una junta directiva; pero como iba á salto de mata, según el decir de aquellos tiempos, sus órdenes llegaban demasiado tarde y sin concierto alguno; sólo el espíritu popular, con sus ardores y táctica propia, bastó para destruir al gran bruto del siglo.

Todos los planes de Napoleón y sus prestigiosos generales fueron destruidos por el pueblo, desorganizado según se desprende del razonamiento de los partidarios de la organización disciplinada.

Lo mismo sucedió en Méjico, adonde Badengue (1) fué á realizar el gran ideal de su reinado. La situación fué la misma; las batallas dieron la victoria al invasor; las poblaciones fueron tomadas al asalto; pero las escaramuzas, los motines y las guerrillas consumieron muy pronto al ejército victorioso. Los conquistadores tuvieron que renunciar á su presa.

Lo dicho prueba que la verdadera fuerza radica en la voluntad del individuo; sus energías é iniciativas aplicadas á tiempo, con perseverancia y continuidad, le hacen invencible.

*
* *

Si examinamos los hechos de las revoluciones pasadas, observaremos que los pueblos son siempre vencedores cuando obran por sí mismos, empujados por los acontecimientos, y que sólo son vencidos cuando se entregan á sus jefes.

Cuando las masas se sublevan, la primera explosión es siempre un hecho espontáneo.

(1) Nombre despreciativo que los republicanos, y el pueblo francés en general, daba á Napoleón III. (*N. del T.*)

Sin jefes y sin previo acuerdo, sólo por el impulso de las circunstancias que las hacen sentir y obrar, realizan los actos que la necesidad le impone. Después de la victoria aparecen los jefes.

En 1789 mientras que los Estados generales discutían y ergoteaban con el rey, ¿qué hizo el pueblo amotinado? Una voz salió no se sabe de dónde; una boca desconocida gritó: ¡A la Bastilla! La Bastilla era el fuerte del rey, encarnación de la leyenda de tiranía. La multitud sin plan y sin jefes se lanzó al asalto de la fortaleza, organizó el ataque allí mismo y la Bastilla fué destruída.

Algunos nombres se popularizan entre la multitud; pero éstos no son los jefes, son los iniciadores, sencillamente, cuyo parecer y opiniones, que no son órdenes, acoge la multitud, porque son la expresión de sus sentimientos; la personalidad de estos nombres desaparece tan pronto como el acto se ha efectuado.

Si al hecho en sí lo desposeemos de su leyenda, reconoceremos que la toma de la Bastilla, fué materialmente una cosa insignificante, pero importante, sin embargo, por el efecto moral; este acto del pueblo hizo temblar al rey y dió audacia al tercer estado para hablar fuerte á la nobleza y á la misma personalidad real.

¡Y la marcha de las mujeres hacia Versalles!

El espíritu revolucionario tenía á todo París agitado. Se decía que la corte, al alejarse de París, era la causa de que los comestibles hubieran sufrido un considerable aumento en sus precios; se murmuraba sordamente y se decía que era preciso que volviese el rey á París.

Cierta mañana una joven se apodera de un tambor en el cuerpo de guardia de San Eustaquio; empieza á sonarlo por las calles y la multitud en masa le sigue; se organiza un ejército de mujeres, invaden el Ayuntamiento, empujan á los concejales, les tratan de malos ciudadanos y amenazan nada menos que con quemar todos los papeles del archivo y el edificio entero.

En este estado los ánimos aparece Maillard y dice á las mujeres que su idea no debe ejecutarse y sólo lo consigue cuando les aconseja que vayan á Versalles y él va con ellas; se traen de allí al rey, y, vigilado directamente por el pueblo, le dificultan los manejos antirrevolucionarios. Este Maillard, que surge no se sabe cómo de entre la multitud, desaparece en seguida para confundirse con ella y sólo le vemos reaparecer nuevamente en las jornadas de Septiembre. Después la historia ya no nos habla más de él.

El 10 de Agosto, cuando los parisienses se apoderan de las Tullerías y hacen prisionera á la familia real, ¿dónde estaban los jefes Danton, Marat, etc., etc.?

La multitud eclipsada se subleva; saben que el obstáculo es el rey y los que le rodean, y de la muchedumbre alborotada sale un grito: ¡A las Tullerías! Y esta muchedumbre se lanza sobre el palacio real; arrolla los guardias de *corps* y á los suizos, descerreja las puertas, obliga al rey á constituirse prisionero de la asamblea nacional, de la cual no sale sino para subir al cadalso.

Ya los acontecimientos en este terreno todavía no los dirige nadie; los jefes no han aparecido aún. Los que comprendían con más precisión y viveza las cosas indicaban el punto donde debían descargar los golpes, y con esto no hacían sino precisar lo que toda la población sentía.

En estos momentos el individuo es nada, se sigue sólo su inspiración. La mejor prueba es que, en cuanto se realiza el acto, nadie sabe de dónde partió la iniciativa.

En 1830, 1848, el 17 de Marzo de 1871, en toda, en toda fecha revolucionaria, la

victoria es de la multitud anónima, que desadoquina las calles, que echa á los que la oprimen, que va ella misma adonde sus iras deben desencadenarse con provecho, y sólo es vencida cuando ebria de victoria, es bastante estúpida para confiar su dirección á jefes indecisos que tergiversan y destruyen su impulso; entonces confía á éstos toda su causa, sin apercibirse de que en vez de conservar y asegurar sus conquistas lo único que hacen es echar sobre su cuello el yugo que ha destruído.

JUAN GRAVE.

(Se continuará este capítulo.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

(CONTINUACIÓN)

La corrupción rápida que sufre el animal recargado está causada por modificaciones químicas que se producen en los músculos. Los músculos no son otra cosa que la carne del animal; representan en peso más de la mitad del animal, y no es sorprendente que una alteración de composición en semejante masa pueda tener efectos muy acentuados sobre el organismo entero.

Los músculos que han trabajado con exceso sufren una alteración en su composición química. De alcalinos que eran en el estado de reposo, pasan á ser ácidos. Contienen ácido láctico, que no se encontraba en ellos antes del trabajo; son menos ricos en oxígeno y están más cargados de ácido carbónico que en el momento del reposo. Muchas materias nitrogenadas, que resultan de combustiones del tejido mismo muscular, se aumentan considerablemente.

Estas sustancias, cuyo último grado de combustión es la urea, forman una serie de cuerpos que no difieren entre sí, sino por una proporción mayor ó menor de oxígeno, y, por consiguiente, por un grado más ó menos pronunciado de oxidación ó de combustión. Todos los autores enumeran entre ellos la creatina, la hipoxantina, el ácido inósico, etc., y, en fin, el más conocido y el más interesante, por el papel que juega en la gota: el ácido úrico.

Estas sustancias son generalmente poco cristalizables, y tienen por carácter común el disolverse en el alcohol, cuando se hace macerar en este líquido un músculo fatigado. Se llaman, de un modo general, *substancias extractivas*.

Se encuentran tales sustancias en los músculos en estado de reposo, pero se encuentran en mucha mayor cantidad á consecuencia del recargo. Liebig ha podido extraer una cantidad diez veces mayor de *creatina* de un zorro forzado, que de los de otro, sacrificado en el laboratorio, donde había vivido enjaulado.

¿Qué parte corresponde á las sustancias extractivas en la producción del recargo? ¿Tienen el principal papel en los accidentes infecciosos que se observan en los seres

recargados? He aquí cuestiones que pronto encontrarán, sin duda, respuesta satisfactoria. M. Gautier (Academia de Medicina, 15 de Enero de 1886) ha demostrado que, entre los productos del trabajo muscular, se forman alcaloides, cuya potencia tóxica no es inferior á la de los venenos señalados ya en las carnes putrefactas bajo el nombre de «ptomainas». Es imposible, en el estado actual de la ciencia, designar por sus nombres y por sus caracteres químicos las sustancias orgánicas que son los verdaderos agentes de los fenómenos del recargo; pero todo nos lleva á creer que los alcaloides, llamados por M. Gautier *leucomainas*, son la causa de muchos accidentes, mal conocidos todavía, que sufren los animales y los hombres recargados. En el hombre, es raro observar casos de recargo agudo, sobre todo en nuestra época de civilización. La antigüedad nos ha legado un ejemplo célebre, el del soldado de Maratón, el cual, queriendo ser el primero en anunciar la victoria, fué de una sola carrera hasta Atenas y cayó muerto al llegar.

Ha sido posible cerciorarse de que la fatiga, llevada á sus últimos límites, acarrea en el hombre, como en el animal, la rigidez rápida de todo el sistema muscular. Se han visto combatientes, muertos después de una lucha encarnizada y larga, cuyos cuerpos, en estado de recargo agudo, habían conservado extrañas actitudes. Sus cadáveres habían quedado en posiciones correspondientes á los movimientos de defensa y de ataque. La rigidez cadavérica, sobreviniendo en el momento mismo de la muerte, había sorprendido los movimientos en su última actitud, y los músculos, instantáneamente rígidos, los habían mantenido.

Bajo el influjo del recargo agudo, la rigidez cadavérica invade tan rápidamente los músculos de la cara, como los del resto del cuerpo, y, por la misma razón, puede conservar en esos músculos la contracción que tenían en los últimos momentos de la vida y la expresión de las últimas sensaciones que se experimentaron. En las personas que mueren asesinadas y que, habiendo tratado de defenderse, se han agotado en algunos minutos de lucha suprema, se ha comprobado algunas veces una expresión de espanto, que persistía muchas horas después de la muerte. Sus esfuerzos desesperados para escapar de los asesinos habían ocasionado un pronto recargo; la rigidez de los músculos de la cara, sobreviniendo rápidamente, había conservado en la fisonomía una especie de fotografía de la última expresión.

Si parece demasiado extraño que la rigidez cadavérica haya podido producirse en el momento mismo de la muerte, citaremos un hecho señalado por M. Ch. Richet, que ha visto ponerse rígidos los músculos antes de que el corazón haya cesado de latir (1).

Los malos efectos del recargo sobre la carne de los animales han sido indicados frecuentemente por los veterinarios y por los industriales que se ocupan de su conservación. La carne de un animal muerto en plena fatiga se pone de prisa flácida, húmeda, toma un olor acre, un olor de *ropa sucia*, según la expresión de MM. Raillet et Vilain, y es imposible conservarla mucho tiempo. Es peligroso hacer uso de la carne de los animales sometidos al recargo, si no se la come en fresco. Se han citado epidemias de tifus, debidas al consumo de animales cansados por haberles hecho seguir al ejército en marcha. Estos hechos son bien conocidos de los fabricantes de conservas de carnes; estos industriales toman precauciones para remediar los inconvenientes de la fatiga en los animales que ellos hacen matar. En los saladeros de la América del

(1) Ch. Richet, *Les Muscles et les Nerfs*. París, Alcan.

Sur se tiene gran cuidado de no matar, inmediatamente que llegan, los bueyes medio salvajes, que han tenido que hacer largas carreras para ir desde las Pampas al matadero. Cada establecimiento tiene un gran corral, donde los animales descansan antes de ser sacrificados. Sus carnes no se conservarían, si fueran utilizadas antes de que los bueyes recargados hubieran tenido tiempo de eliminar, durante dos ó tres días de reposo, los productos de la fatiga. En oposición á estos hechos, en que el recargo da á las carnes propiedades nocivas, podrían citarse otros en que se procura la fatiga como medio de desenvolver en los animales, que se van á sacrificar, cualidades culinarias particulares. He oído á algunos gastrónomos que, en otras ocasiones, se comía en París carne de vaca mucho mejor que hoy. Antes de haber ferrocarril, las bestias conducidas á pie, por jornadas cortas, andaban á veces más de cien leguas antes de llegar al matadero; se diría que la fatiga del camino ponía tierna la carne y le daba un gusto «á avellana». En la Italia meridional hay la costumbre, antes de matar los búfalos que vienen casi en libertad, y cuya carne es dura y coriácea, de perseguirlos mucho tiempo á caballo y hacerlos galopar todo lo posible. Su carne, después de estas correrías locas, adquiere, dicen, un gusto más sabroso.

Estos hechos no están en contradicción con los primeros que citamos. Prueban siempre que la fatiga acumula en los animales principios nuevos, cuya presencia modifica profundamente las cualidades de la carne. Si estos productos no están en cantidad demasiado grande, y sobre todo, si se come el animal inmediatamente después de muerto, para evitar la fermentación pútrida, cuya aparición se precipita por aquellos productos, la carne fatigada es inofensiva. Las materias extractivas producen también una especie de sazónamiento de las carnes, dándoles una punta de gusto, un sabor agradable al paladar. Los aficionados prefieren este sabor al de la carne ordinaria, como prefieren á la caza fresca la caza pasada.

El recargo es siempre lo que puede explicar ese gusto particular de la carne de los animales que lo han sufrido antes de ser muertos. Un carnicero de los alrededores de Limoges tenía la reputación de vender carne de cerdo mucho mejor que la de las otras salchicherías. Aquel bestia no mataba jamás á sus animales sin torturarlos; les sacaba los ojos y los desangraba lentamente. En ciertos cantones del Mediodía de Francia no se degüella á los patos hasta después de haberlos desplumado vivos, con objeto de ablandar sus carnes por el sufrimiento. Algunas cocineras se alaban de dar á un conejo casero el sabor de uno del campo, matándolo por un procedimiento muy lento, por ejemplo, colgándolos, con un nudo corredizo, que va apretándose poco á poco, y hace que el animal patalee largo tiempo, antes de que sobrevenga la muerte.

Estas inhumanas prácticas sólo merecen la indignación de las gentes de corazón; pero hay que reconocer, desde el punto de vista científico, que la idea que las preside no carece de fundamento. La carne del animal que ha sufrido mucho puede tener un gusto particular, lo mismo que la del animal recargado, porque el sufrimiento da lugar al recargo. La desgraciada bestia martirizada se agota en esfuerzos desesperados para escapar al dolor y gasta en algunos minutos tanta fuerza nerviosa, como la que podría hacer durante un largo trabajo.

Se ha notado desde hace mucho que los animales á que se hace sufrir vivisecciones para los experimentos de fisiología, y que no sucumben más que al cabo de cierto tiempo de sufrimiento y de lucha impotente para sustraerse al dolor, presentan después de su muerte todo el aspecto de los animales forzados: pelo erizado, empapados en sudor, rigidez cadavérica rápida, y carnes prontamente invadidas por la putrefac-

ción. He aquí, pues, bastantes hechos, en apariencia bien discordes, que no podía esperarse encontrar agrupados juntos. Tienen, como creemos haberlo demostrado, un lazo común; el desarrollo en el organismo de ciertos productos de desasimilación, que resultan de la cantidad demasiado grande de trabajo muscular efectuado. Estos productos se encuentran, lo mismo en el cuerpo del hombre que sufre el recargo de trabajo, que en el del animal que ha luchado mucho tiempo contra el sufrimiento, porque en ambos casos hay el mismo exceso de fatiga. El recargo *lento* es debido, como el agudo, á que el organismo se impregna de los residuos del trabajo; pero los accidentes llevan una marcha menos rápida y tienen una terminación habitualmente menos fatal, á causa de que la dosis de sustancias nocivas es menos considerable, por ser el ejercicio que las produce menos violento.

Este estado se observa en las personas cuyo cuerpo se somete á trabajos demasiado sostenidos, ó á fatigas repetidas con demasiada frecuencia y no interrumpidas por descansos suficientemente prolongados.

Supongamos un hombre entregado á un trabajo fatigoso, pero que no traspasa en nada absolutamente la medida de sus fuerzas. El trabajo es soportado y produce en el organismo los malestares habituales de la fatiga consecutiva y de las agujetas. Si el individuo reanuda al día siguiente el mismo ejercicio, los residuos del trabajo de la víspera no han sido todavía eliminados, cuando otros nuevos vienen á añadirse á aquéllos para aumentar la dosis. Supongamos que en los días siguientes el trabajo continúa sin interrupción; la dosis de las sustancias nocivas acumuladas en la sangre aumentará más y más, y alcanzará al cabo de cierto tiempo una proporción suficiente para determinar accidentes graves. En ese día la fatiga tomará las proporciones de una enfermedad y se establecerá el estado de recargo.

Este recargo lento conduce á enfermedades de larga duración, ó bien á estados morbosos mal caracterizados, que no constituyen, propiamente hablando, enfermedades, pero que imprimen al organismo una modificación profunda, capaz de hacerle sufrir su influjo pernicioso, á las menores perturbaciones de la salud que se acarree accidentalmente. El organismo inficionado por los productos de desasimilación es un terreno admirablemente preparado para los gérmenes más maléficos.

Las perturbaciones más ó menos duraderas de la salud, que son consecuencia de los excesos del trabajo, las estudiaremos en el capítulo siguiente.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

La fecundación de las flores en Nueva Zelanda. — Observaciones de M. Thompson. — Misión de las abejas. — Cambios de fisonomía. — Aspecto de los árboles y de las plantas: ideas de Saint Léger sobre la fisonomía de las plantas. — El lenguaje de las flores. — El teléfono de M. Poulsen.

Un naturalista neozelandés, M. Thompson, ha publicado recientemente en *Nature*, de Londres, una interesante memoria sobre algunos hechos observados por sí mismo en Dunedin (Nueva Zelanda). Durante una treintena de años ha cultivado en su país la mayor parte de las flores comunes de Europa y de la región templada del Norte.

Antes de la introducción de las avispas en aquel medio ambiente—diferentes para las plantas indicadas—, algunas de ellas no producían semillas; pero en cuanto las avispas y las abejas se hubieron instalado y multiplicado, extendiéndose por toda la colonia, todo cambió por completo; las plantas primiciales, en particular, produjeron semillas en abundancia.

La *Revue Scientifique* recuerda, con este motivo, que del mismo modo se reproduce la trinitaria, el azafrán y otras muchas especies, hasta tal punto, que en la primavera se encuentra cada planta rodeada de una colección de tallos jóvenes procedentes de las semillas que se han sembrado por sí mismas. Sabido es que la introducción de las abejas, efectuada por la Sociedad de Aclimatación de Canterbury, tenía por objeto obtener la fecundación de flores, que hasta entonces habían sido absolutamente estériles.

M. Thompson ha creído observar cierta variación en la fisonomía de las especies que ha introducido en la isla oceánica. Ante todo, conviene ponerse de acuerdo sobre lo que significa la idea *fisonomía* aplicada a un vegetal; esta palabra evoca la idea de *expresión*; pero, ¿qué puede expresar un ser como el vegetal, mudo, sordo y ciego? De lo que se relaciona con la inteligencia y los sentidos, nada; pero de lo referente a la vida, todo. Si en vez de comparar la planta al animal se le considera con relación a la tierra que le sostiene, a los seres inorgánicos que le rodean, se elevará sobre ellos tanto como el animal se eleva sobre la planta, y más aún, porque tiene lo que ellos no tienen: la individualidad de las funciones, la facultad de reproducir seres semejantes a sí mismo.

Según la mayoría de los botánicos, quienes sólo consideran al árbol bajo su relación científica, no es éste, en realidad, un individuo compuesto de raíces, tronco, ramas y hoja, sino que éstas solas constituyen el individuo vegetal vivo; las ramas, el tronco y el cuerpo de las raíces son una especie de sustentáculo, como un polípero, alimentado por el residuo de las hojas viejas que mueren.

Sin detenerse a discutir esa teoría, que no acepta completamente el sabio brasileño Saint-Léger, observa que, aun admitiéndola, no es menos cierto que de hecho cada especie vegetal tiene raíces, tronco, ramas y hojas de forma, tamaño y disposición especiales, y no solamente varían las especies, sino que cada individuo tiene sus cualidades particulares.

Muchos botánicos añaden que el vegetal no tiene altura determinada; que no hay razón alguna para que un árbol cese de crecer, y que si sus raíces pudieran extenderse siempre, si su tronco y follaje no hallaran dificultad en su libre crecimiento, crecería indefinidamente. Saint-Léger les objeta que si en teoría el árbol no puede morir más que por accidente, lo cierto es que el accidente se presenta siempre y, por consiguiente, puede considerarse como formando parte integrante del destino del árbol; cree encontrar en eso una razón más para continuar considerando el vegetal como aparece a nuestra vista, es decir, como un ser individual formado de diversas partes unidas entre sí por una vida común que lleva en su conjunto una expresión resultante de todas sus partes.

«El árbol, añade Saint-Léger, crece, declina y muere; tiene su infancia, su juventud, su madurez, su decrepitud, y además de las cicatrices que todo género de lesiones dejan sobre su tronco y sus ramas, si bien las hojas renacen cada primavera con la misma lozanía, su madurez se degrada, su corteza cae, el musgo y los parásitos le invaden, sus frutos pierden su sabor y sus semillas su fecundidad.»

Hay, pues, una realidad de hecho que atribuye al vegetal una «individualidad» de forma y proporción. De esto á atribuirle una fisonomía no hay más que un paso.

Si de los árboles pasamos á los arbustos y á las flores, veremos que nos presentan efectos expresivos no menos notables, debiéndose á ellos la creación del lenguaje de las flores, simbolismo que sólo es justo cuando se refiere á una cualidad sensible y característica de cada una de ellas; pero que es falso si se funda en una analogía forzada ó sobre una cualidad secundaria. En el primer caso se encuentra la mioritis, llamada vulgarmente «la flor del recuerdo» ó «no me olvides», porque nos recuerda, por su pequeñez y su tinte pálido y simpático, un objeto lejano cuya imagen disminuye y palidece por la ausencia; la rosa, cuya delicadeza y frescura justifica el sentimiento universal que le ha otorgado la representación del amor; la violeta, ocultándose bajo la hoja de la planta, emblema de la modestia.

Por el contrario, en ciertos casos vemos desviarse el verdadero simbolismo hacia las falsas analogías; por ejemplo, ni el color ni la forma justifica la significación atribuida á la flor llamada pensamiento; pero esta flor, en su contorno y en los rasgos que marcan el centro de su corola, tiene algo que le asemeja á una cara humana, casi siempre fea, y tal es el motivo superficial y poco galante que ha decidido del simbolismo que se le cuelga lo mismo que del nombre que se le ha dado.

*
* *

Entre las maravillas que es dado admirar á los visitantes de la Exposición en el Palacio de la electricidad, hay una que producirá sin duda una revolución en la telefonía y la fonografía: el telegráfico ó telégrafo parlante, cuya invención, debida á un ingeniero danés, M. Valdemar Poulsen, está llamado á reemplazar ventajosamente el fonógrafo y á multiplicar las aplicaciones del teléfono.

El telegráfico no es mas que un teléfono ordinario cuya línea va á pasar en el puesto receptor, á un pequeño electro-imán, ante el cual voltea una espiral de níquel que rodea un tambor. Las corrientes desarrolladas en la línea por las vibraciones sonoras, en vez de ejercer su acción sobre el receptor de los teléfonos ordinarios, obran sobre el electro-imán. Merced á las propiedades magnéticas del níquel, este electro-imán, entrando en acción, imanta la parte del espiral que pasa ante sus polos y determina en ella toda una serie de modificaciones que corresponden á las vibraciones sonoras iniciales que han sido transformadas en vibraciones eléctricas primero y en vibraciones magnéticas después.

Así cargada, por inducción, de un potencial magnético la bobina de níquel queda en disposición de restituirla bajo la misma forma en que la ha recibido. Bastará para ello voltear la espiral delante de un receptor telefónico, y esto en un espacio de tiempo cualquiera, para que ejerza su acción sobre la línea y reproduzca fielmente las mismas vibraciones sonoras cuya influencia había sufrido anteriormente.

La espiral de níquel puede ser reemplazada por otra de acero.

El telegráfico de Poulsen, perfeccionamiento notable del fonógrafo, es una nueva aplicación del fecundo principio de la reversibilidad.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Una de las cosas que ha llamado primero mi atención al llegar á la ciudad de Barcelona ha sido la profusión de carteles con que se anunciaba el estreno, en el teatro de Novedades, de una obra sacada por cierto autor italiano de la famosa novela de Sienkiewicz.

No sé si en estas crónicas hablaré algún día de la novela ó del drama, aunque me parece que no. *Quo vadis* es un nuevo episodio de esa tendencia de los modernistas á encuadrar los argumentos de sus obras en el mundo antiguo.

Á primera vista parece que asistimos á una corriente parecida á las que dieron lugar al Renacimiento, y á fines del siglo pasado al Neoclasicismo. El arte, sintiéndose momentáneamente falto de ideales, iba á buscarlos presuroso en la vida clásica de los griegos y romanos. El romanticismo protestó de esa tendencia y cantó las imaginarias bellezas del mundo medioeval.

Es difícil establecer la genealogía del neobizantinismo. Pero quizás puede asegurarse que, sean ó no sus iniciadores, los que han generalizado el movimiento han sido Flaubert y Villiers de l'Isle Adam. Y aunque es verdad que no sólo Bizancio ha sido el ideal de todos los escritores modernistas, hay que convenir en que la concepción vulgar y corriente de su espíritu predomina en todos.

La decadencia romana, la bacanal babilónica, las invasiones de los bárbaros en la capital de Constantino, la viciosa sociedad que presidía al florecimiento de las escuelas alejandrinas, han proporcionado á Flaubert, Villiers, Paul Adam, Louys, Sienkiewicz y á casi todos los modernos autores franceses escenarios espléndidos para las menguadas creaciones de su estío. Son los enamorados de la *beauté du geste*, los encarnizados creadores de frases *éblouissantes*, los aristocráticos despreciadores del *vulgo*.

Esta corriente amenaza generalizarse. Algunos escritores fuertes han sufrido la tentación: Ibsen debió sentirla al escribir *Emperador y Galileo*. Hasta el *Blanco y Negro* ha ilustrado su memez habitual con cuentos asirios ó egipcios (porque, según el gusto corriente, lo mismo da), y Méndez Bringa ha dejado un momento de dibujar mujeres feas para dedicarse á los elefantes, templos con capiteles de lotus, pirámides y otros excesos.

Esto sería convertir el arte en vana función de espectáculo. La falsedad escéptica como fondo, y el gesto ampuloso como forma. Y en cuanto á la vida, el triunfo de los imbéciles é impotentes que necesitan ver la vida á través de una mentira creada por la ignorancia de las generaciones que fueron.

En el fondo de todo esto hay una miseria intelectual que abrumba. El alma fecunda y fuerte encuentra en todas las cosas la intrusa belleza que la vida puso hasta en los objetos más pequeños; para el ojo penetrante del artista las imágenes de la realidad pasan envueltas en flotantes túnicas de inefables misterios. Pero el seudoescriptor, el tendero abortado, busca en vano las extravagancias de la vida en la realidad actual, y, al no encontrarlas, la desprecia, y se solaza en la descripción pintoresca de las edades más antiguas para *adornarlas* con las invenciones miserables de su espíritu.

*
* *

Durante la última quincena me he dedicado exclusivamente á vivir. El arte, considerado como espectáculo, no ha entrado para nada en mi distribución del tiempo.

Por lo demás, los pocos días que pasé en Madrid no me ofrecieron ocasión alguna. Una estudiantina gallega que tocaba *la jota* y un certamen cursi, organizado por *Blanco y Negro*, fueron los dos únicos *acontecimientos artísticos* de aquellos días. Y está claro que no molestaré á mis lectores hablando mal de semejantes atropellos.

Prefiero decir cuatro palabras acerca de las *cosas* que he visto. El último edificio que llama la atención al salir de Madrid es el palacio del Ministerio de Fomento, que están rodeando ahora de una verja monumental. La verdad es que había otros medios más económicos y no menos artísticos de embellecer aquellos alrededores.

El enorme muro de contención de tierras levantado en la parte posterior del edificio será realmente una obra monumental, que llamará la atención más que la verja misma. Desde la calle que sube al Observatorio se verá el Ministerio como sumergido en una esplanada despejada y honda.

La verja, que supongo será de hierro, quedará sostenida cada ocho ó diez metros por columnas de piedra alternadas con cariátides de hierro fundido. Creo que esta combinación no significa nada. Podrá formar un conjunto bonito; á primera vista se conocerá que cuesta mucho dinero; pero el gusto del arte ornamental no está allí, y es una lástima, porque es lo único que era indispensable.

Hubiera preferido limitar con artísticos poyos un declive de tierras plantadas de arbustos y altas hierbas de contención, diseminadas entre el césped, á poner una verja que, haciendo alarde de una riqueza material que no tenemos, será una demostración patente de nuestra indigencia artística, realmente efectiva. Sin embargo, aquí donde los periódicos de Madrid comentan, y los de provincias repiten el nombramiento de cualquier gobernador ó portero; aquí donde se da extrema importancia á la enfermedad de *Lagartijo*, nadie protesta de que se derroche el dinero de la nación para hacer demostraciones de mal gusto en la capital de España.

Cuando llegué á Barcelona la primera impresión que me produjo la ciudad condal fué el efecto de una ciudad ennegrecida por el polvo del carbón, la humedad de la atmósfera y el humo de las fábricas y talleres. Á pesar del cariño que tengo á mi pueblo natal, no puedo negar que esto me molestó bastante. Las gentes son en general más gordas que en Madrid, y, sobre todo, las viejas no suelen tener aquel aspecto de brujas repugnantes que les dan sus carnes rechupadas y podridas de arrugas.

Luego pensé que la humedad de la atmósfera es inevitable, pero que el polvo y el humo no lo son. No basta que el catalán sienta el gusto de la casa espléndida más que los demás pueblos de España. Otros con las fachadas de yeso blancas y limpias dan un aspecto á sus ciudades más agradable y pintoresco.

Hay que pensar también que el polvo y el humo, no sólo ensucian las fachadas de los edificios, sino que envenenan los pulmones de los hombres. Por eso entiendo que valdría la pena de estudiar las leyes inglesas contra el humo y el polvo.

No se trata de aumentar con unos artículos más las Ordenanzas municipales, sino de estudiar la manera de evitar los malos efectos de esta lluvia perenne de polvo obscuro que afea y perjudica. Una vez conocido el procedimiento, se procuraría imponerlo, no como ordenamiento de la ley, sino como defensa organizada por la sociedad misma. Los gremios de propietarios, las agrupaciones artísticas, las sociedades de Medicina y de Higiene, podrían emprender una cruzada que, sin grandes esfuerzos, terminaría con la adopción casi general de las precauciones necesarias.

Es preciso no olvidar que las cosas más materiales influyen, por su limpieza ó suciedad, en las creaciones de nuestro espíritu. Las cosas sucias llevan en sí una suges-

ción tan viva de desorden, que, en fuerza de vivir entre ellas, envenenan forzosamente nuestras almas.

*
* *

Por fin, van á publicarse unos ensayos de Ralph Waldo Emerson, en castellano. Desde que en 1851 fueron traducidos al francés por Emile Montégut, eran algo conocidos en España; pero ha sido preciso que un editor modernista los hiciese traducir de nuevo por Will, para que llegasen hasta nosotros. Sin embargo, parece que el editor Bernardo Rodríguez, con muy buen acuerdo, ha determinado seguir la edición inglesa en la agrupación de estos ensayos.

El filósofo de Massachusset fué pastor de la secta de los unitarios que forman el grupo más independiente del protestantismo.

Es un filósofo de la vida práctica. Sus hermosos ensayos miran más á la obra y á la acción que al ideal de la vida. Un hombre sanamente religioso encontrará en Emerson esplendentes efluvios de inspiración divina; un hombre sanamente ateo prescindirá de la forma religiosa y encontrará en el hereje de Concord una interpretación optimista y consoladora de la vida.

Confieso que el ensayo titulado *De la confianza en sí mismo* es una de las obras que han producido en mi espíritu más profunda impresión. Hace ya algún tiempo que lo leí, y después he vuelto á leerlo y estudiarlo. Me he esforzado en convertir aquellas ideas en substancia propia, y estoy seguro de que algo de las ideas de Emerson ha quedado fundido en la propia esencia de mi alma.

Es un autor de los que ayudan á vivir. Su lectura nos vigoriza, haciéndonos amar lo que él llamaría *ese rayo de la divinidad que brilla en el fondo de nuestro espíritu*. He aquí un hermoso pensamiento. Sería una lástima que nos parásemos en la forma, y rechazásemos, por la forma de la expresión, la verdad sana de la idea.

Ese principio de la confianza en sí mismo hace de Emerson un individualista portentoso. Glorifica al héroe, y aun ha hecho de un estudio de los que llama *representantes de la humanidad*, la obra más hermosa de su vida. Pero por encima del héroe coloca al *over soul*, la superalma ó alma suprema que se refleja en cada uno de nosotros.

Emerson parece á veces un iluminado. Entonces se comprende su entusiasmo por Sduvedenborg. Su filosofía se derrama como torrente luminoso sobre las páginas del libro. Los eruditos, los sabios, nada tienen que buscar allí, si no es un latigazo sin piedad ó una puñalada irónica.

Creo que se publicarán en castellano otras obras de Emerson, y entonces podré seguir desarrollando las teorías, no muy complicadas, del gran filósofo americano. Entre tanto, los que quieran gozar la impresión profunda de una verdadera reliquia literaria, lean el libro de los ocho ensayos y *apréndanlo* con devoción.

PEDRO CÖROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

II

El viaje, una semana en Moscou, el camino, las ciudades desconocidas, la llegada á San Petersburgo, las visitas á nuestros parientes, la instalación en nuestro nuevo domicilio, todo eso se deslizó como un sueño. Era tan variado, tan nuevo, tan alegre y aparecía tan cálidamente iluminado por su presencia, por su amor, que nuestra vida tranquila en el campo me hizo el efecto de una cosa pasada hacía mucho y enteramente insignificante.

Con gran sorpresa mía, en vez de la frialdad y de la acogida altanera que esperaba encontrar en la sociedad, fui recibida en todas partes con una cordialidad tan franca y expresiva, que no parecía sino que todos mis nuevos amigos sólo esperaban mi llegada para ser completamente felices. Encontré esa afable solicitud, no sólo en mis parientes, sino de parte de personas completamente extrañas.

También mi marido encontraba á cada momento, de la manera más imprevista, muchos amigos de que no había hablado nunca, y lo que me sorprendió y desagradó mucho fué que expresaba á menudo juicios muy severos sobre personas que me parecían la misma bondad.

Me asombraba verlo tratar secamente ó evitar á muchos sujetos que me agradaban. A mí me parecía que cuantas más personas amables conociese uno, tanto mejor, y para mí todas eran á cual mejores.

Antes de nuestra marcha del campo me había dicho Serguei Mikailovich:

—¿Quieres saber cómo nos instalaremos en San Petersburgo? Aquí pasamos por pequeños ceros, y allí figuraremos entre los más pobres; por lo mismo, no deberemos permanecer hasta más allá de Pascuas, y tendremos que abstenernos de frecuentar la sociedad, ó nos veremos en más de un apuro; luego que para ti me gustaría más...

—¿A qué frecuentar la sociedad?—exclamé.—Iremos un poco al teatro, oiremos buena música en la ópera, haremos algunas visitas á nuestros parientes más próximos, y antes de Pascuas estaremos de vuelta en el campo.

Pero, apenas llegamos á San Petersburgo, se olvidaron todos esos planes. Yo me encontraba transportada súbitamente á un mundo de placer enteramente nuevo para mí; me hallé arrastrada de repente por ese alegre torbellino, y se me ofrecieron tantos intereses ignorados hasta entonces, que olvidé de pronto todo mi pasado, y, sin darme cuenta de ello, renuncié á todos los planes que tanto había acariciado en otros días. «Todo lo que he conocido hasta aquí—pensaba—no era más que una niñería. ¡Esta es la vida verdadera, y apenas empieza ahora! ¿Quién sabe lo que me reserva el porvenir?»

De esta suerte discurría. La inquietud y el comienzo de hastío que me atormentaban en el campo se desvanecieron como por arte de magia. Mi amor á mi marido revistió un carácter más tranquilo, y ya no volvió á cruzarme por las mientes la idea de preguntarme si él me amaba menos.

¿Cómo dudar de su cariño cuando adivinaba todos mis pensamientos, participaba de todos mis sentimientos y prevenía mis menores deseos?

Su calma había desaparecido, ó, por lo menos, ya no me excitaba; luego veía que en ese nuevo medio no era menos querida, y me admiraban más.

Muchas veces, al volver de una visita, después de una presentación, ó cuando tenía gente en casa y temblaba interiormente ante la idea de no cumplir bien mis deberes hospitalarios, me decía él:

—¡Bravo, hija mía! ¡Ánimos!... ¡Te aseguro que te las arreglas muy bien!

Y me quedaba tan contenta.

Poco después de nuestra llegada escribió á su madre, y me llamó para ponerle una postdata á la carta, negándose á dejarme leerla; pero yo insistí hasta que me la entregó.

Decía á su madre: «No conocería usted á Mariquita; yo mismo la desconozco. ¿Dónde ha aprendido esa noble y graciosa seguridad, esa afabilidad, esa bondad y ese arte del mundo? Y á todo esto tan sencilla, tan natural, asociando á esas cualidades tanto corazón... Aquí todo el mundo está encantado de ella; yo mismo no me canso de admirarla, y, si fuese posible, la admiraría más aún.»

«¡Cómo!—pensé.— ¡Esta mujer soy yo!» Y se apoderó de mí una alegría loca; me pareció que nunca había amado tanto á mi marido.

Estaba muy lejos de esperarme el éxito que alcancé cerca de nuestros parientes. Por todas partes me decían, ora que mi tío estaba encantado conmigo, ora que mi tía no hablaba más que de mí, ó que no se hallaría otra igual en todo San Petersburgo, y hasta una señora me aseguraba que, con sólo quererlo, sería la más exquisita de todas las mujeres de mundo.

Una prima de mi marido, la princesa D..., ya entrada en años, se declaró enamorada de mí, y me dijo tantos piropos que acabó por trastornarme la cabeza.

Cuando esa prima me invitó al baile por primera vez, se dirigió á mi marido. Serguei se volvió hacia mí y me preguntó con cara solapada sonriendo maliciosamente:

—¿Tienes ganas de ir al baile?

Asenti con una inclinación de cabeza, poniéndome muy colorada.

—¿No tiene todas las trazas de un criminal que canta de plano?—exclamó con una sonrisa bondadosa.

—Tú has dicho que no debemos frecuentar la sociedad, y que no te gusta—respondí sonriente é implorándole con la mirada.

—Si tienes muchas ganas, iremos—respondió.

—No, quedémonos en casa; puede que sea mejor...

—¿Tú tienes ganas de ir, di? ¿Un deseo grandísimo?—me preguntó de nuevo.

No contesté.

—Frecuentar la sociedad no es todavía una gran desgracia—dijo—; pero los deseos mundanos no satisfechos, esos sí que son malos y peligrosos... Conque, irás á ese baile, es menester—concluyó con tono decidido.

—La verdad —exclamé— ¡tengo unos deseos irresistibles!... ¡Jamás los he sentido mayores por nada!...

Fuí á ese baile, y superó mis esperanzas con mucho. Allí me creí más que antes el centro en cuyo alrededor gravitaba todo; parecíame que se había iluminado aquel salón, y tocaba aquella orquesta en honor mío, y que la muchedumbre entera de invitados no había ido mas que para admirarme.

Desde mi peluquero y mi doncella hasta mis parejas, sin olvidar los hombres de edad avanzada, que no hacían mas que atravesar el salón, todos parecían querer declararme ó darme á entender que estaban enamorados de mí.

Mi prima me comunicó el veredicto pronunciado sobre mi persona; se estimaba que yo no me parecía á las otras mujeres, que tenía cierta sencillez, cierto atractivo y frescura que recordaban el campo.

Ese éxito me lisonjeó hasta el punto de que confesé francamente á mi marido que desearía ir á otros dos ó tres bailes aquel invierno. «Para quedar bien saciada»—añadí hipócritamente—, tratando de hacerme ilusiones á mí misma.

Serguei Mikhaïlovich consintió de buena gana, y en un principio me acompañó á los salones con verdadero placer; estaba orgulloso de mis éxitos, y parecía haber olvidado ó dejado á un lado sus proyectos antiguos...

Pero bien pronto empezó á aburrirse, y se le hizo insoportable aquella vida. Yo estaba harto preocupada de otras cosas para advertirlo, y, cuando acertaba á encontrar su mirada seria y profunda que me dirigía una muda interrogación, no comprendía lo que quería decir.

Las atenciones de que era objeto en todas partes y la atmósfera nueva de lujo y de placeres elegantes que respiraba por primera vez, habían confundido todas mis ideas. Yo no tenía ya aquella conciencia de la superioridad de mi marido que me subyugaba en el campo, sino la grata persuasión de ser igual á Serguei entre las gentes del gran mundo, hasta de aventajarlo en ciertas cosas, y al propio tiempo se afirmaba con más independencia é intensidad mi amor por él. De forma que me era imposible comprender lo que podía disgustarle en aquella vida.

No podía sustraerme á un sentimiento de orgullo y de satisfacción, cuando al entrar en un baile veía volverse hacia mí todos los ojos, y á mi marido desvanecerse en seguida en la masa negra de los fracs, como si tuviera vergüenza de confesar delante de aquella multitud que yo le pertenecía.

«¡Aguarda!—solía decirme, buscando al otro extremo del salón su fisonomía, que expresaba generalmente el aburrimiento.—¡Aguarda! Ya comprenderás al volver al campo por quién me alegro de ser bella y qué es lo que me halaga en todo lo que me rodea esta noche.»

Y creía de buena fe que no me lisonjeaban todos mis éxitos sino porque un día podría sacrificárselos.

El único peligro que hubiese podido temer en aquella vida era la posibilidad de dejarme subyugar por alguno de los jóvenes que encontraba y provocar los celos de mi marido; pero él demostraba tan gran confianza en mí, permanecía tan tranquilo é indiferente, y todos aquellos jóvenes me parecían tan insignificantes á su lado, que no estimaba muy temible ese único peligro.

Sin embargo, las atenciones de todos esos jóvenes me causaban placer, satisfacían mi amor propio y me llevaban á mirar como un mérito el amor que profesaba á mi marido. De todo esto se resentía mi manera de ser con él, que iba siendo más libre y hasta un poco negligente.

Una noche, al volver del baile, llegué á decirle amenazándole con el dedo:

—¡Hola! ¡Hola! Ya he visto con qué animación hablabas esta noche á la señora N...

Nombré una dama muy conocida en San Petersburgo. Le lancé ese dardo para excitar su atención, porque estaba taciturno.

—¡Ah! ¡Por qué has dicho eso, Mariquita! ¿Y cómo lo dices?

Pronunció esas palabras entre dientes, y haciendo un gesto como si sintiera un dolor físico, continuó:

—Deja esas expresiones á los demás; entre nosotros son inconvenientes. Esas maneras de ser no sirven mas que para alterar nuestras antiguas y verdaderas relaciones, que espero no tardarán en renacer.

Me avergoncé de mi conducta, y guardé silencio.

—¿Volverán, Mariquita? Di, ¿qué crees tú?

—Nuestras relaciones no han cambiado ni cambiarán.

Era sincera en aquel momento al hablar así.

—¡Dios lo quiera!—exclamó.— Porque ya es tiempo de volver al campo.

Yo me dije sencillamente: «Si se aburre á veces, ¿no me he aburrido yo por él? Si nuestras relaciones se han modificado un poco, volverán á ser lo que antes en cuanto nos encontremos solos con su madre en Nicolskoe.»

Así pasó el invierno, y contra nuestras intenciones permanecimos en San Petersburgo para las fiestas de Pascuas. Nos proponíamos partir después de la Semana Santa, teníamos hecho el equipaje, y mi marido, que hacía compras para llevar regalos á todo el mundo y proveerse de las cosas que faltan en el campo, estaba del mejor humor.

Cuando menos lo esperábamos, nos sorprendió mi prima y nos suplicó que aplazásemos nuestra marcha para asistir á la reunión de la condesa R... Dijo que la condesa tenía singular interés en que asistiese yo, que un príncipe Real, M..., de paso por San Petersburgo, se había fijado en mí en el baile y deseaba conocerme. Iría á la reunión expresamente para verme, porque declaraba que era la mujer más hermosa de Rusia. Todo Petersburgo estaría en esa reunión, según mi prima, y añadió que si yo faltaba se desluciría la fiesta.

Mi marido hablaba con otra persona en el extremo opuesto del salón.

—¿Verdad que irá usted, María?—insistió mi prima.

—Nosotros teníamos la intención de marchar pasado mañana—respondí indecisa mirando á mi marido.

Se encontraron nuestros ojos; él los apartó precipitadamente.

—Yo le suplicaré que se quede—respondió mi prima—y el sábado iremos á la reunión para volver del revés la cabeza al príncipe. ¿No es verdad?

(Se continuará.)

LEÓN TOLSTOÏ.

SECCIÓN LIBRE

EL GATO DE LA BARRICADA

RECUERDOS DEL PASADO

La primavera de 1871 se presenta de nuevo á nuestra mente, primavera exuberante en flores y verdura; pero que, al pasar, arrastró en pos de sí la libertad de unos

y la vida de otros. Rodeada con una guirnalda de flores y empapada en sangre la *Commune* sucumbió.

En el parque de Neuilly, en Mayo, los árboles inclinaban sus ramas, agobiadas por el peso de una lujuriosa y aromática vegetación. A veces los pájaros, atraídos hacia allí por lo frondoso del follaje, y tomando el tronar de las ametralladoras por el de la tormenta, al que se iban ya acostumbrando, suspendían el vuelo para mirar á su alrededor, con ojos brillantes é investigadores, á las quintas desiertas, saltando algunos ante la puerta abierta ó posándose, con aire indiferente, en algún mueble; tal vez un piano, abandonado en el jardín, hasta que los dispersaba la repentina explosión de una granada que, como hoz gigantesca, venía chocando contra las ramas, rompiendo y destrozando en todas direcciones, en tanto que las balas, al caer sobre las hojas, hacían el mismo ruido que produce la granizada.

En tan poético y encantador paraje, al final de la calle de Peyronet, se levantaba una barricada, á la que los versalleses hacían cruda guerra; la cual se apoyaba, en uno de sus extremos, en el muro de una casa de bastante extensión, ocupada por Dombroneski y su escolta, siendo el último límite que separaba á los combatientes. Al lado opuesto había otro edificio más bajo y pequeño, en el que algunas mujeres, medio soldados y medio enfermeras de hospital, curaban á los heridos antes de mandarlos á las ambulancias de París.

De esta casa, que parecía una antigua fábrica ó depósito de jabón, todos habían huído, menos la mujer del conserje. Su marido se había marchado á provincias, con la excusa de tener que ir á ver á sus parientes; pero la buena mujer, creyéndose obligada para con el dueño, y considerando que su presencia era necesaria para guardar su propiedad, resolvió bravamente quedarse. Como no era posible evitar la entrada de las balas y granadas de los versalleses, se la veía, no sin gran temor, recogiendo los pedazos de jabón que llovían de las cajas rotas, ó bien inspeccionando el edificio, cual si pretendiera buscar medios de disminuir ó anular el perjuicio que pudiera acarrearle su proximidad á la barricada.

En una de las últimas mañanas de la defensa, habiendo marchado Dombroneski á otro lugar, donde le aguardaban algunas fuerzas, la barricada, en la que hacía algunas horas reinaba el silencio, fué de pronto atacada furiosamente. Algunas veces se conmovía de tal modo, que parecía se iba á derrumbar, en tanto que la tempestad de plomo, que se lanzaba contra ella, resonaba con el imponente ruido de la avalancha.

En ese momento, en medio de aquel fuego atronador, se oyó un triste lamento, que parecía una voz pidiendo auxilio, tan dolorida y contristada, que penetraba hasta el corazón. Allí, al pie de la barricada, entre los escombros causados por tantos proyectiles, temblaba un ser viviente; un segundo después, á través del humo denso, se veían dos ojos dilatados por el terror que, con la misma elocuencia que la voz, al verse en gran peligro, demandaban socorro. Después, mientras los proyectiles caían como granizos, el lamento cesó; no se veía más que una pequeña boca roja abierta, pero muda.

En aquel instante alguien salió al exterior, y sin hacer caso de las voces, imprecaciones y juramentos de los compañeros que se hallaban resguardados, avanzó hasta recoger en sus brazos alguna cosa, y con una sonrisa de triunfo volvió á lugar seguro.

Era un gato grande, cuyo pelo se hallaba erizado por el terror.

Entonces cesaron las palabras fuertes y los juramentos—en aquellos días había poco tiempo libre para enfadarse—pero la amigable reconvencción vino á ocupar en

el acto su lugar: los federales lamentaban que hubiera personas de tan poco juicio que arriesgaran en aquellos críticos momentos la vida tan sólo por salvársela á un bruto. Tal vez esas censuras eran justificadas; sin embargo, en momentos supremos de angustia y desesperación, hay el mismo poder irresistible en la demanda de auxilio del animal que en la del hombre, y se necesita tener muy reducido el corazón para no responder á ella. El instinto, avivando la inteligencia del gato, había impreso gran energía á sus lamentos; pero una vez salvado, se dulcificó su terrible mirada, y frío y tembloroso se acurrucó contra el pecho de su protectora, quien, salvando rápidamente la distancia que la separaba de la fábrica de jabón, retornó á ésta y le entregó el animal á la mujer del conserje, á la que dijeron los comunistas en un tono solemne: «Este es el gato de la barricada, y á su tiempo lo reclamaremos; usted nos responde de él.»

La pobre mujer parecía asombrada al principio; pero como el felino era muy bonito y ahora se hallaba tan tranquilo, como si hubiera estado allí toda su vida, pareciendo que hasta comprendía lo que pasaba á su alrededor, el cargo fué aceptado.

Ningún federal, sin embargo, volvió jamás á reclamar el gato de la barricada; la lucha se hizo general; algo más que cuidar á los heridos tuvo que hacer X (como llamaremos á la protectora del animalito); el ejército de Versalles entró en la ciudad, y en París se defendía el terreno palmo á palmo.

.....
Algunos meses después, X se hallaba prisionera, en compañía de otras mujeres, en el penal de Trabajo y Corrección (según las inscripciones en el muro), esperando la salida del buque que había de llevarlas á Nueva Caledonia. De cuando en cuando entraban en el patio común de la prisión otras detenidas de menos importantes condenas; y cuál no sería un día la sorpresa de X al reconocer á la conserje de Neuilly entre un grupo de recién llegadas.

—¿Qué ha podido traeros aquí?— preguntó la sorprendida X.

—¡Ah!—fué la contestación—; han probado que algunas veces daba á los federales una taza de café, y por eso me han incluido entre los comunistas; pero, «agregó con resignación, esos señores no me han condenado más que á tres años de presidio.»

—¿Qué habéis hecho de nuestro gato?—Nadie vino á reclamarlo, así que lo conservé y lo he cuidado.

—Pero ¿quién se ocupará de él ahora?—preguntó X con tristeza. —Mi marido, que volvió después de haber sido libertado en París, y le ha tomado mucho cariño.

Parece, pues, que también estas buenas gentes tienen corazón, á pesar de estar su razón tan oscurecida todavía; que, sin embargo de la terrible hecatombe, de la horrible carnicería y de la dura lección que todos habíamos recibido, podían llamar á esto el triunfo del orden, no obstante encontrarse también injustamente entre sus víctimas.

La pobre conserje no era la única persona extraviada por semejante confusión de ideas: otros, en cambio, como el gato de la barricada, sintieron enlazarse su entendimiento en la desgracia; porque las circunstancias algunas veces son de tal índole, que en vez de anonadar, despiertan nuestras facultades intelectuales, y nos permiten ver mejor y percibir con más exactitud las cosas.

LUISA MICHEL.

(Traducción de Salvochea).



TRIBUNA DEL OBRERO



ENTRE JARAS Y BREZOS

—
ARTURO

VI

Arturo, niño mimado con exceso por sus padres, no siendo contrariado en nada de sus antojos en la niñez, era joven travieso é incorregible en sus primeros años.

En todo el pueblo no había gato ni perro que no hubiese recibido de sus manos una pedrada. Sus padres nunca le reñían por estas travesuras, y cuando alguna vecina les daba una satisfacción por las faltas de su hijo, ellos, en vez de reprenderle y castigarle para que no lo volviera á hacer, se reían á mandíbula batiente, como suele decirse, de las que ellos decían *gracias* del pequeño Arturo.

En vez de iniciarlo en el camino del bien, le iniciaban en el camino del mal.

A veces el excesivo cariño de los padres hace á los hijos malos cuando son jóvenes y llegan á la mayor edad, y entonces los padres, cuando quieren emplear su autoridad, se encuentran con que no hay voluntad que los acate y los respete.

El pequeño *Arturito*, como se le decía en el pueblo, seguía creciendo y desarrollándose físicamente.

Llegó una edad en que sus padres le pusieron en la escuela para que aprendiese á leer; pero tenía tan pésima memoria, que no aprendía nada de lo que el maestro se sacrificaba por enseñarle. En vez de estudiar, como sus demás compañeros, él se entretenía en tirarles bolitas de papel mascado y en hacer palomitas de papel y garabatos en los bancos, cosas que el buen maestro toleraba y á veces se reía de sus *gracias*, gracias que malditas las que en el fondo le hacían; pero había que estar en buenas relaciones con la familia de Arturo, porque era rica y le debía algunos favores, y por nada del mundo hubiese querido merecer el enojo de los padres del niño, pues hacía tiempo que el gobierno no les pagaba á los maestros, y éste tenía que vivir de los plácemes y dádivas de este ó aquel otro *ricachón*.

Por fin, tras mucho batallar el maestro, pudo aprender á leer mal el discípulo, y cuando ya tenía diecisiete años, sus padres acordaron llevarlo á la capital, para que estudiase una carrera; querían hacer de él todo un hombre consumado.

El catedrático del Instituto de segunda enseñanza acogió de muy buenos modos á su nuevo discípulo, puesto que, sin esperarlo, se le metía por las puertas de su casa toda una despensa de jamones y otros muchos regalos, que él admitía de buen grado y sin escrúpulos de conciencia.

Arturo, allí como en su pueblo, seguía haciendo de las suyas, y todo cuanto su padre le mandaba lo derrochaba en vicios y en el juego, haciendo calaverada tras calaverada, que su catedrático no se cuidaba de reprender ni corregir, por temor de que la *benéfica lluvia* terminase.

Así hacía Arturo sus estudios.

Llegó un tiempo en que quisieron sus padres darle una carrera, y aunque el hijo no tenía aptitudes para ninguna, pudieron conseguir que cursara la de médico. En este país de los papanatas, como le ha llamado cierto insigne escritor, todo se doblega al oro.

Pues sin embargo de tener el niño la olla vana, sus padres se habían empeñado en que fuera médico, costase lo que costase, y médico, algo más si se hubiesen empeñado, había de ser.

El dinero todo lo puede, y Arturo fué médico y licenciado de doctor, y como que ya no tenía que hacer nada en los estudios, regresó á casa de sus padres, que lo espe-

rabán con los brazos abiertos para casarle pronto con la hija del señor Felipe, su amigo, asegurando por medio de aquella unión el porvenir y la felicidad del hijo mimado, pues una vez casado con Elisa, el capital del padre de ésta iría á manos de Arturo, y ella se vería muy honrada siendo la mujer de un hombre de *carrera* que, además del título académico, era rico también.

Llegó Arturo al pueblo hecho todo un señor doctor, y ya había que darle el tratamiento de don, no Arturo á secas, como hasta entonces se le había llamado.

Faltóle tiempo al padre de Elisa para presentarse en casa de su amigo, con objeto de abrazar á su futuro hijo y darle la enhorabuena por la terminación de sus estudios.

En cuanto á Elisa, no parecía preocuparse por la llegada de Arturo, y cuando su tía le hablaba de él, ella le contestaba que no le importaba nada de cuanto á él se refería.

En esto la señora Tomasa invitó á la familia de Arturo y á su hermano á una gran comida saturnal en su propia casa, á fin de que su sobrina y él se viesen y se hablasen, á ver si de este modo, estudiándolo en el seno de la intimidad, lograba que la joven simpatizase con Arturo.

Pero estaba decretado que Elisa no sería la esposa de Arturo, y por mucho que hiciese su tía y deseara su padre, no había de ser.

Llegó el día aquel en que había de celebrarse el banquete de familia, y al ver la joven á Arturo frente á frente que la saludaba con mucha cortesía y fineza, no tuvo más remedio que cambiar el saludo en la misma forma con él.

Ya en la mesa todos sentados, Elisa frente á Arturo, y después de haber terminado las viandas, los viejos comenzaron á hablar sobre el matrimonio de los jóvenes, á lo que Elisa se opuso diciendo que no podía ser la esposa de Arturo y que lo sentía mucho.

Una mirada severa de su padre se encontró con la de ella, y la joven se estremeció; pero repuesta bien pronto, y con un valor que rayaba en el heroísmo, se levantó de la silla que ocupaba y dijo con un acento algo alterado:

—Sí; he dicho que no puedo ser la esposa de Arturo, y aunque yo quisiera, él me rechazaría después de saber lo que ignora.

La joven guardó silencio, y después de una pausa, agregó bajando los ojos:—Y no se casaría con la que ya es madre.

Un rayo que hubiese caído en la habitación no causaría el efecto que causó aquella revelación de la joven. Todos se levantaron de sus sillas como movidos por algún mecánico resorte, y Arturo y los suyos despidiéronse precipitadamente de la casa, saliendo á la calle para no volver más.

El padre de Elisa, apenas hubieron salido los convidados, colérico, atroz, se dirigió á su hija, y cogiéndola por los cabellos, la arrastró por el suelo, diciéndole:

—¡Qué has hecho, desdichada! Has manchado la honra de tus antepasados, y sobre mí, que soy tu padre, has arrojado todo un baldón de ignominia y de oprobio. Eres indigna de habitar bajo el techo siempre honrado de esta casa. Y en tanto esto decía, abofeteaba brutalmente el delicado rostro de la joven.

Su hermana Tomasa se interpuso entre padre é hija, y consiguió en algún grado aplacar la cólera del padre.

—Fuera de aquí, no quiero verte y te maldigo. No es digna de la estimación de ninguna persona honrada la hija que tan villana é hipócritamente labra la deshonra y la infelicidad de su padre. Y cogiéndola por un brazo, la arrastró hasta la puerta de la calle, abrió ésta, y de un atroz empujón la lanzó á la calle, cerrando con estrépito la puerta.

(Continuará.)

AURELIO MUÑIZ.

AMOR

Margarita, hija única de dos ricos labradores de San Esteban, se hallaba triste y preocupada, como si algún fenómeno extraordinario invadiera su ser ó alguna enfermedad fuera poco á poco arrebatándola la salud.

Nadie, al verla sumida en aquel marasmo, diría que aquel cuerpo débil había sido hacía pocos meses un cuerpo bien formado, con una agilidad y soltura envidiables, que aquellas pálidas mejillas eran hermosa flor, por la que los mozos del pueblo se disputaron más de una vez la felicidad de poder estampar un ósculo en ellas; aquellos negros y rasgados ojos, con mirada débil y opaca, que iban siempre fijos en el suelo, eran faro luminoso, por lo que un buen observador hubiera podido ver la llama de una pasión no satisfecha.

Las gentes del pueblo, así como sus padres, no se explicaban la causa de esa tristeza y su retraimiento de las fiestas con las jóvenes, á las cuales era tan apasionada, y de las cuales huía buscando siempre la soledad de los campos, en los que solía pasar las horas ensimismada, contemplando, ora la cristalina fuente, ora el deslizarse tranquilo del manso arroyuelo, ora escuchando el alegre canto de los pajarillos, que con sus trinos armoniosos cantaban sus amores.

¡Con cuánta envidia los escuchaba! Más de una vez había llorado, sintiendo en su pecho la llama de la pasión, no extinguida aún, á pesar de su enfermedad.

Ella, que cuando la naturaleza llamaba á las puertas de la juventud, había soñado con un amor puro y apasionado, lleno de caricias, con un cariño semejante al de su madre, que cuando niña cubría sus labios y mejillas de besos, vió que el amor soñado por ella no llegaba, que el objeto constante de su preocupación no se hallaba entre la turbamulta de jóvenes que la asediaban con sus palabras, de guasa unos, amorosas otros. No teniendo el amor deseado, ni el joven apetecido, se decidió á cumplir el mandato de sus padres, de que se casara con D. Tomás, un viejo americano, que aportaría al matrimonio un buen dote; y como el dicho viejo estaba locamente enamorado de la joven, los padres de ésta veían cosa fácil el casamiento.

Los padres de Margarita no perdían ocasión de halagar á D. Tomás, y reñían á su hija por no manifestarse cariñosa y afable con él; cosa imposible para ella, que le fastidiaba el oír á aquel viejo crapuloso, sin fuerza vital, hablar de amor, de pasión ardiente y otras mil majaderías por el estilo, que escuchaba con enfática sonrisa y con el mayor desdén.

¡Tener ella, joven, en la plenitud de su vida, que entregar su cuerpo á aquel viejo achacoso, falto de savia y vida para cumplir con natural! ¡Oh! Eso sería matarla moralmente; y todo ¿por qué?, á cambio de coger sus padres un puñado de pesetas.

Venciendo varios obstáculos, acordaron celebrar las bodas el día del cumpleaños de Margarita, ó sea cuatro meses después, plazo para el viejo demasiado largo; pero, en cambio, muy corto para Margarita.

*
* *

Por aquella fecha se instaló una fábrica de luz eléctrica en el pueblo, y con tal motivo fueron varios los operarios forasteros que llegaron á trabajar en dicha industria. Entre éstos figuraba uno, mandado por la Compañía, para hacer las instalaciones de la luz eléctrica, llamado Luis, joven de claro ingenio y de extremada finura; con una amabilidad y modestia, que era el encanto de las gentes que le trataban.

Como Luis no tenía familia, tuvo que buscar posada en el pueblo, y por orden de uno de los jefes de la Compañía le llevaron á casa de los padres de Margarita, que admitieron al joven con muestras de amistad, tanto por la figura simpática que tenía, como por ser recomendado por el jefe.

Afable y cariñoso, pronto se granjeó la confianza de los nuevos patrones, costándole poco, muy poco, el enterarse de los planes que tenían en proyecto referentes á la boda de Margarita, como asimismo del mutismo de la joven, que cada día se tornaba más flaca y pálida. Luis, que conocía y estudiaba las modernas ideas sociológicas, le bastó un pequeño estudio psicológico para comprender que allí se iba á perpetrar un crimen, segando en flor un corazón joven, sacrificándolo los padres, en su ignorancia, en holocausto del dinero, y se propuso evitarlo, tanto por amor al ideal, como por la simpatía que la joven le había inspirado.

Principió su obra captándose la estimación de Margarita, lo que no le fué difícil, dado su carácter, empleando frases cariñosas y con tanta dulzura, que cual bálsamo salvador penetraron en el corazón de Margarita, la que no tuvo, desde aquel momento, inconveniente en contarle sus penas, el martirio á que estaba expuesta si daba su

mano á D. Tomás, y la lucha que sostenía su corazón. Todos los secretos que la joven, con lágrimas en los ojos, le contó al joven, una noche, solos un momento, bastó para que, sin darse cuenta, se trocase de simpatía en amor hacia aquella flor, que daría hermoso aroma y ostentaría su color natural si se la trataba con cariño.

¡Qué cambio se operó en ella desde que los dos se amaban!

Poco á poco iban apareciendo en su rostro la juventud y lozanía de otros tiempos; ¿cómo no, si el amor invadía todo su ser, cual lago que inunda y fertiliza la verde campiña, haciéndole aparecer verde y lozana?

El amor daba á aquel cuerpo frío pasión, calor y vida; sintiendo por su Luis un amor verdadero, una pasión ardiente é inquieta que siempre, como la llama, iba adelante. Como el amor no es hipócrita y se manifiesta en toda su grandeza, Luis y Margarita comprendieron que se amaban, que sus dos corazones anhelaban gozar de un amor puro, sin mixtificaciones, propio de la pureza de ella y de la bondad de él; y en efecto, pusieron en práctica todos cuantos medios su mente les sugirió para burlar la vigilancia de los padres, y poder, sin ser interrumpidos, en sus alegres soliloquios que solían pasar á altas horas de la noche en la habitación de la alegre joven.

Ansiaban gozar de ese néctar grandioso llamado amor, y apurar hasta las heces la copa del placer.

Desde aquella noche en que la naturaleza los unió, los jóvenes cambiaron su modo de ser, y formaban planes para lo futuro.

Los padres de Margarita veían con grata sorpresa el restablecimiento de su hija, como asimismo D. Tomás, que echaba fuego por sus ojos cuando la contemplaba fresca y hermosa; mas ninguno se preocupaba de saber el por qué del cambio tan repentino como inesperado.

Creían que otros amores con algún chico del pueblo, con sus galanterías, habría hecho forjarse mil ilusiones; pero que andando el tiempo acabaría por olvidarle y reconocer el excelente partido que era D. Tomás.

Quince días faltaban para la boda y ya estaba todo arreglado: los trajes de la novia, los regalos del novio y amigos; estando parientes, amigos y amigas impacientes por llegar á tan fausto día, que de seguro le pasarían en alegre francachela y jolgorio.

* * *

Hechas ya las instalaciones de la luz eléctrica y una vez la fábrica en marcha, Luis había cumplido su misión y tenía que volver á su antiguo puesto en la fábrica que la misma Compañía poseía en la ciudad. Al efecto, pocos días después preparó su viaje, arregló su equipaje, para salir en el tren de las cinco de la mañana siguiente, no sin que los padres de Margarita le rogaran se quedase unos días más para asistir á la boda de su hija, cosa que al joven le era imposible. Muy de mañana se despidió de los viejos, no pudiendo hacerlo de Margarita por haber salido, según sus padres, á misa.

Luis se encaminó á la estación, cuando el crepúsculo vespertino desaparecía, cuando la aurora alegre apareció en el Oriente, y después de sacar billete pasó al andén, desierto de viajeros, y hasta de empleados, mirando con ansiedad febril hacia los coches en busca de algo que sus ojos vieron, á juzgar por el movimiento que hizo, dirigiéndose á uno de tercera, en cuyo interior penetró resueltamente, y en el mismo instante se halló sujeto por unos brazos de mujer que, cubierta con un velo, estaba en el interior, quien se apresuró á besar al joven; esa mujer era la hermosa Margarita que huía acaso para siempre de casa de sus padres, para no separarse de su Luis; iba contenta y radiante de alegría, despreciando el dinero de D. Tomás, para buscar el amor, el placer y la vida representados en su adorado Luis.

Van transcurridos cinco años desde estos sucesos; Luis y Margarita son padres de dos hermosos niños, que son el encanto de los dos jóvenes, en cuyo hogar no tiene cabida el odio, ni la discordia, y donde reina el más puro y sincero amor.

Cuando algunas de las amigas de Margarita le preguntan á qué debe haber recobrado la juventud y la belleza, que en otro tiempo había perdido, les contesta: «El amor, y sólo el amor ha sido quien me libró de una muerte prematura.»

¡Bendito amor!

ALADDIN.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.